

LA

ODISEA



COLECCION ARALUCE

COLECCIÓN ARALUCE

LAS OBRAS MAESTRAS AL ALCANCE DE LOS NIÑOS

Declaradas por R. D. de utilidad pú-
blica y de uso para las B. Circulantes
Premiadas con medalla de Plata en
las Exposiciones de Leipzig y Sevi-
lla y de Oro en la de Barcelona.

**LA
ODISEA**

CON LAS DEBIDAS LICENCIAS,

247.45

HOMERO

LA ODISEA

año 1934

RELATADA A LOS NIÑOS

POR

MARIA LUZ MORALES

CON ILUSTRACIONES DE

JOSÉ SEGRELLES

CUARTA EDICIÓN

23.831



247.45

CASA EDITORIAL ARALUCE
CALLE DE LAS CORTES, 392 : BARCELONA

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

ES PROPIEDAD DEL EDITOR

PRINTED IN SPAIN

IMPRESO EN ESPAÑA

Talleres Gráficos Garrofé: Villarroel, 12 y 14 — Barcelona — 1933

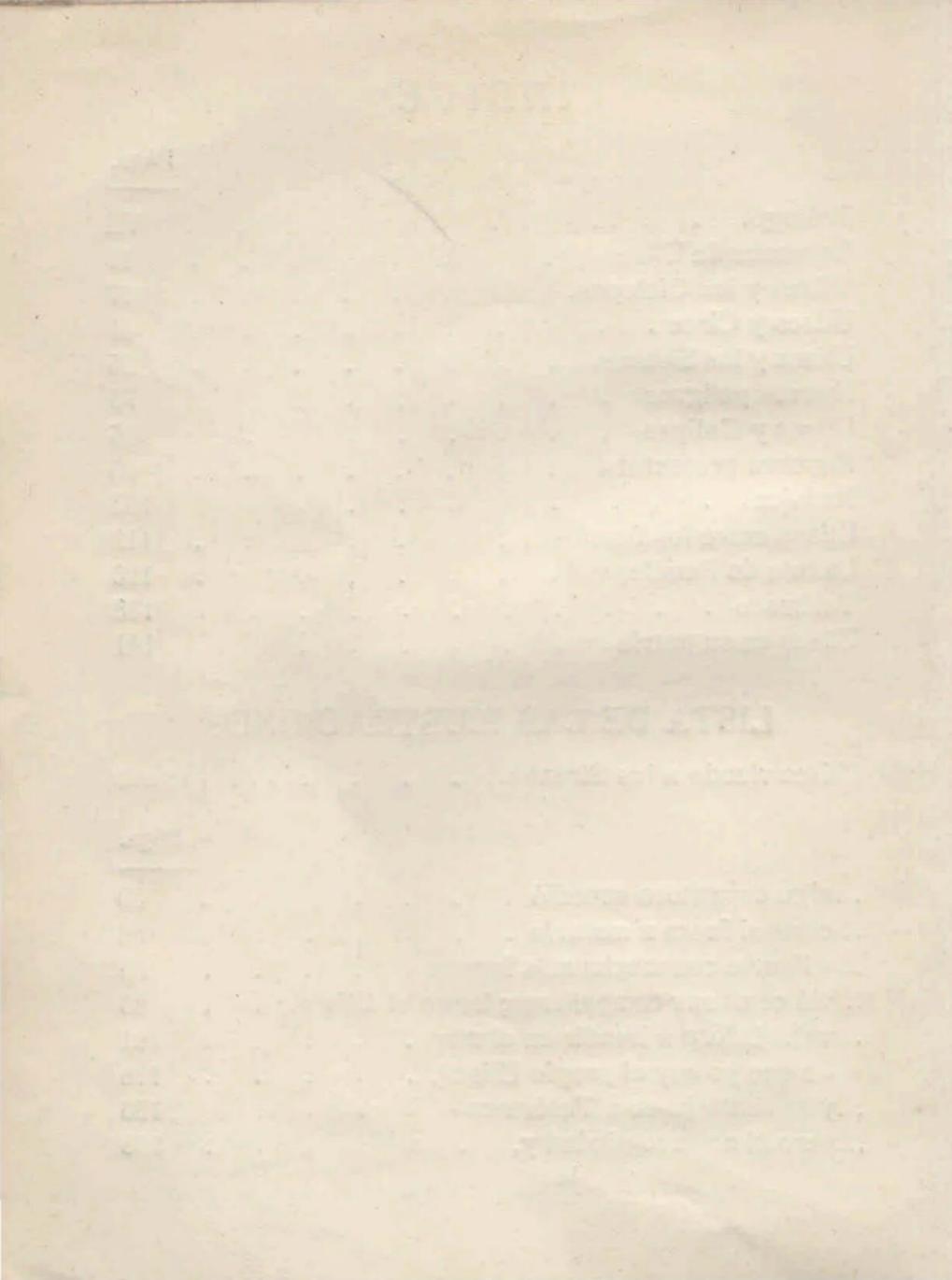
INDICE

	Págs.
Prólogo	VII
La vuelta de Ulises.	11
Ulises y los Cíclopes.	17
Ulises y Circe	41
Ulises y las Sirenas.	65
Nuevos peligros.	73
Ulises y Calipso.	85
Minerva protectora.	95
Naúsica	103
Ulises entre los feacios.	113
La tela de Penélope.	123
Telémaco	133
Ulises en su patria.	141

LISTA DE LAS ILUSTRACIONES

Ulises viendo a las Sirenas.	<i>Frontis</i>
--------------------------------------	----------------

	Págs.
...algo espantoso sucedió	30
...como si fuera a matarla	56
...a ligarle con mucha más fuerza	69
...vió como sus compañeros; hasta el último.	83
...volviéndose a hundir en el mar	101
—Es que yo soy el propio Ulises,	118
...y se sentó junto a Telémaco.	136
...pero él no tuvo piedad y,	156



PROLOGO

Han pasado ya miles de años desde el tiempo en que un anciano ciego, un mendigo rapsoda—que era y sigue siendo el más grande poeta del mundo—, recorría las ciudades y los campos de Grecia entonando hermosas canciones en las que se narraban las gloriosas hazañas de los antiguos griegos ante los muros de Troya, y las extrañas aventuras de aquellos inmortales héroes.

Hace miles de años... Los lugares donde hoy se levantan nuestras hermosas ciudades eran parajes selváticos donde tenían sus guaridas las fieras. Mas Grecia, un pequeño rincón del mundo prendido graciosamente sobre el mar azul, poseía una civilización re-

finada y se deleitaba con las invenciones de sus poetas. Y Homero recorría los caminos cantando...

Obra de Homero, del ciego rapsoda son los dos poemas inmortales que el tiempo no marchita: La Ilíada y La Odisea. En ellos se encuentra todo germen de belleza, y en ellos se han inspirado cuantos grandes poetas en el mundo han existido.

El lenguaje de estos libros, su composición, son de una incomparable grandeza. Pero sucede que las traducciones directas del griego—porque en griego están estos libros desde miles de años—, resultan a trozos incomprensibles y hasta pesados para las inteligencias de los niños. He aquí lo que nos ha movido a adaptarlas para el público infantil, —que es nuestro más querido público—, poniendo la mejor voluntad en la tarea.

Quien haya leído La Ilíada (primorosamente editada se encuentra también en esta colección), no deja de saber que tal libro trata del sitio de Troya por los griegos antiguos. Y, de fijo, entre los héroes que en La Ilíada batallan, adquiriendo eterna fama, los

que hayan leído tal poema, habrán fijado su atención y su cariño en el prudente Ulises.

Pues el relato del regreso de Ulises a su patria y de las muchas y prodigiosas aventuras que le acontecieron hasta llegar, tras muchos años de penalidades, a tierras de Itaca, constituye el asunto de La Odisea. Que se llama así porque «*Odysseus*» quiere decir Ulises, en griego.

Tal relato es el más delicioso libro de aventuras que pudiera soñarse. Es, además, grande, majestuoso, heroico, bello, como debieran serlo cuantas obras de arte contempla la infancia.

MARÍA LUZ.

LA ODISSEA

CAPITULO I

LA VUELTA DE ULISES

Así que hubo terminado la guerra de Troya (1), dispúsose Ulises a volver a su patria. Era este héroe el más fuerte y valeroso de cuantos al lado de Agamenón lucharán por culpa de Helena ; era también el más prudente y astuto de todos. Durante el sitio de Troya, que como sabemos duró diez largos años, dió prueba muchas veces de estas cualidades y por eso le llamaron amigos y enemigos «el prudente Ulises». Una vez se disfrazó de pordiosero con tal habilidad, que logró entrar en la ciudad sitiada, observando cosas de gran interés para los suyos. No obstante, al

(1) Léase LA ILÍADA adaptada para los niños en esta misma Colección.

disponerse a salir de la ciudad, los enemigos le reconocieron y le fué preciso entonces recurrir al valor, abriéndose paso con su fuerte espada. Muchos troyanos cayeron aquel día al empuje de su brazo, pero él llegó sano y salvo adonde las naves griegas le aguardaban. Hazañas como ésta contábanse del prudente Ulises a centenares.

Ahora, terminado el sitio de Troya, poseedores los griegos del rico botín que aguardaban, y dueño Agamenón otra vez de Helena, su esposa, pensó Ulises en volver de nuevo a su patria. Era esta la más lejana de todas cuantas habían enviado sus héroes al sitio de Troya. El reino de Ulises—pues el héroe prudente era un alto y poderoso monarca—, era Itaca, pequeña isla del Oeste de Grecia. Esta isla, toda formada por rocas inaccesibles, estaba coronada por una montaña altísima y poblada de bosques frondosos. En ella había quedado Penélope, la dulce esposa del héroe, y Telémaco, el único hijo de ambos, que era un niño de corta edad cuando su padre partió a la guerra. También el abuelo de Telémaco, padre de Ulises, había que-

dado en la isla al cuidado de la esposa y del hijo de su hijo muy amado.

Al embarcar Ulises en la nave de afilada proa, para partir hacia su patria, su corazón latía violentamente de gozo. Recordaba con el mayor cariño a su anciano padre, a su dulce esposa y a su tierno hijo, y pensando en ellos y en la bella patria todavía lejana, sus ojos se inundaron de lágrimas. Pensaba con júbilo en el momento en que pusiera la planta en aquella tierra para él bendita y en el instante en que los brazos de Penélope se anudaran a su cuello y el niño le ofreciera su carita para que la besara. Pero no le fué dado lograr esta dicha hasta transcurrido largo tiempo. El espíritu guerrero de Ulises y aquellos diez últimos años pasados en continua guerra, eran causa de que no pudiera su espada permanecer tranquila en la vaina y doquiera que iba le acompañaba la lucha y el combate.

En la isla de los cícones, situada en la antigua Tracia, adonde los vientos le llevaron en su travesía, recogió, en unión de sus compañeros, un riquísimo botín, que quería, lle-

gado a su patria, ofrendar a su esposa. Más he aquí que cuando Ulises y los suyos se disponían a ganar las naves que hasta allí les habían llevado, las gentes del interior de la isla, sabedoras de su presencia y de su ataque, cayeron sobre ellos tan espesos—dice el poeta—como las hojas de las flores en el árbol.

Se trabó un violento combate y todo el día lucharon uno y otro bando con gran denuedo. Y al fin, como los cícones eran muchos, y pocos los navegantes, éstos quedaron vencidos, Ulises, sin embargo, y algunos de sus hombres, lograron volver a sus naves, mas sin el rico botín y con una gran pérdida de los que con ellos iban.

Se hicieron a la mar afligidos todavía por la cruel derrota. Y entonces, como si el cielo quisiera castigarlos por su osadía, estalló una tempestad espantosa; verdaderos torrentes de agua hinchaban las olas; las naves griegas fueron empujadas por el viento hasta alta mar, y las velas, hechas mil jirones, fueron arrebatadas de los mástiles. Dos largos días lucharon los navegantes entre el mar y el

cielo y al cabo del tercero vieron, al fin, el iris de paz y después de reparar los desperfectos de las naves y de arbolar velas nuevas, pudieron, con viento en popa, emprender nueva ruta hacia Itaca. Mas no tardó el tiempo en serles de nuevo desfavorable. Un violento viento norte les desvió nuevamente de su derrotero y empujó las naves siempre mar adentro. Durante nueve largos días avanzaron sin rumbo y al décimo, llegaron a la isla de los lotófagos. Llámense así los habitantes de aquel país, porque se alimentan con la flor del loto, que es al paladar tan dulce como la miel, pero hace olvidar a los que la prueban lo mismo el pasado, cercano o remoto, que los proyectos para el porvenir. Así los lotófagos no recuerdan sus deberes ni se atormentan con sus pesares, ni gozan con anticipadas alegrías. Dícese que permanecían largas horas de día y de noche echados perezosamente en el suelo y soñando, soñando los más felices y descuidados sueños.

Como la provisión de agua que las naves de Ulises llevaban habíase agotado en los largos días de lucha con los elementos, al

descubrir a lo lejos la isla, mandó Ulises a sus hombres que hicieran rumbo a ella para enterarse de qué gentes la habitaban y para saber si podrían allí aprovisionarse convenientemente. El permaneció en el barco esperando sus noticias. Y he aquí que los lotófagos recibieron cariñosamente a los hombres de Ulises, y no sólo les dieron el agua que demandaban, sino que también quisieron que probaran el dulcísimo fruto que constituía su único alimento. Los navegantes entonces olvidaron a su jefe, olvidaron su deber, olvidaron la tierra prometida de Itaca, y olvidaron, en fin, que debían volver a las naves. Tendieronse en el suelo, entre las frondas, como los habitantes de la ciudad y sólo desearon quedarse siempre en aquel lugar delicioso, probar de nuevo la flor del loto que hace olvidar penas y cuidados, y soñar, soñar aquellos gratísimos sueños de felicidad.

II

ULISES Y LOS CÍCLOPES

Largo tiempo aguardó Ulises que sus hombres volvieran ; mas al ver que las horas pasaban sin que los navegantes regresaran, empezó a inquietarse y temió que hubieran caído en alguna emboscada de los naturales del país. Descendió de la nave y penetró a su vez en la isla. No tardó en darse cuenta de lo que ocurría al verlos dormidos y al observar que no querían apartarse de aquellos lugares por nada del mundo. Mas él, con los remeros del barco que no habían bajado antes, prohibiendo a éstos que comieran de la flor fatal, arrancó a los otros navegantes de aquellos lugares, los hizo llevar a las naves,

los ató fuertemente a los bancos de los remeros y dió orden de partir inmediatamente para impedir que ninguno volviera a comer de la flor del loto, que hace olvidar penas, deberes y amor. Y aquellos hombres, recorriendo ahora sus sueños dichosos, iban llorando por tener que abandonar aquel delicioso lugar.

Siguieron las naves de Ulises su ruta, cortando con la afilada proa las encrespadas olas. Largos días navegaron con buen viento y al fin, alcanzaron a ver una hermosa isla, en la que Ulises quiso detenerse.

Era aquella isla el pueblo de los cíclopes; una tierra hermosísima, cubierta de fértiles campos, de generosos viñedos y bosques umbrosos. Había también en aquel país, un hermosísimo puerto natural, y en el extremo de la tierra que la formaba, una fuente de agua purísima, rodeada de espesos árboles que daban rica sombra. Aquel puerto natural, refugio de las naves que por allí pasaban, inspiró a Ulises el vivo deseo de hacer un alto en aquel país.

Mas, hay que saber que los cíclopes, o sea

los habitantes de aquella isla, eran un pueblo salvaje de enormes gigantes que vivían en cavernas sin reconocer ley ni jefe, ni confiar en los dioses; que no se tomaban el trabajo de cultivar las fértiles tierras, tan generosas sin embargo, que les daban ricas cosechas de trigo y de cebada, al mismo tiempo que vides espléndidas les proporcionaban el más exquisito de los vinos.

Cuando Ulises llegó con sus hombres al país de los ciclopes, era de noche y sin luna. No obstante, pudo anclar en la orilla perfectamente y dormir con tranquilidad hasta que despuntó la aurora. Entonces, él y sus hombres empezaron a explorar la isla, hallando numerosos animales, habitantes únicos de los bosques, a los que dieron muerte, preparándose con su carne un gran festín. Mientras comían, vieron que en el interior de aquella tierra elevábanse al cielo multitud de columnitas de humo y oyeron voces de hombres y balar de ovejas. Ulises y sus hombres pasaron el día regalándose con los frutos del rico país y al llegar la noche, de nuevo durmieron sobre la arena tranquilamente, sin que nadie

les molestara. Al despuntar otra vez la nueva aurora, Ulises dijo a sus hombres :

—Volved a las naves, mientras yo con algunos de los nuestros me interno en esta tierra para ver qué clase de gentes la habitan.

Así lo hicieron los navegantes, y Ulises, en compañía de los doce héroes más valientes que con él iban, se adentró en la tierra de los cíclopes. No tardaron en ver una gran cueva cuya entrada estaba oculta por espeso ramaje de laurel y que, en conjunto, semejaba las que hacen los pastores para guardar su ganado. Rodeábala una alta cerca formada por gruesos troncos y piedras inmensas.

Ulises, llevando un pellejo de cabra lleno de vino riquísimo, tan dulce como la miel, y un zurrón bien repleto de la caza conseguida el día anterior, penetró en la cueva.

Era aquel recinto la habitación de un horrible gigante, tan espantoso como no puede imaginarse ; su estatura era colosal, su corpulencia cual la de una mole de piedra y en medio de la frente tenía un solo ojo, cuya mirada ponía espanto en el ánimo de quien le veía. Era el hijo predilecto de Neptuno, dios

del mar, se llamaba Polifemo y se ocupaba en guardar sus rebaños y de hacer quesos con la leche que sus cabras le daban.

Cuando Ulises y sus hombres penetraron en la cueva de Polifemo, el gigante no estaba allí. Tampoco estaba el rebaño, al cual había ido a apacentar en sus fértiles campos. Sólo estaban los más tiernos cabritos. Las paredes aparecían llenas de estantes con quesos ri- quísimos y veíanse por toda la cueva esparcidos multitud de tarros y ollas, en que el gigante guardaba la leche.

Los compañeros de Ulises hablaron así a su jefe :

—¿Por qué no nos apoderamos de estas cosas y las llevamos a la nave? También algunos de nosotros podríamos volver para llevarnos los cabritos, y así no saldríamos de este país sin algún botín.

Pero Ulises era generoso y no gustaba de portarse como un ladrón. El quería el rico botín ganado en guerra y legítima lucha, pero desdenaba tales raterías. No hizo caso, pues, de las insinuaciones de sus hombres, y les dijo que su intento era aguardar que el gi-

gante volviera para proponerle que le tratara como amigo, ofreciéndole el vino y las vandas que él y sus hombres llevaban, a cambio de los bienes que el cíclope amistosamente quisiera ofrecerle.

Los hombres, sumisos siempre a los mandatos del héroe, callaron, y en espera de que volviera el gigante, encendieron una hoguera, sentáronse en torno y se entretuvieron comiendo queso y bebiendo vino.

Tardó el gigante en volver y hacia la caída de la tarde le vieron llegar los navegantes conduciendo sus numerosos rebaños; sus hombros soportaban un enorme haz de leña, tan grande, que dijérase que para formarlo había destruído un bosque entero. Así que hubo penetrado en la cueva, Polifemo cogió con una sola mano su pesada carga y la arrojó al suelo, haciendo un ruido tan espantoso que Ulises y sus hombres, sin poder contener su espanto, fueron a ocultarse en los rincones más apartados de la cueva. Penetraron durante largo rato en la cueva las cabras y ovejas. Después, Polifemo, sin esfuerzo alguno, levantó una piedra tan enorme

que veinte caballos no hubieran podido arrastrarla y cerró con ella la puerta de su habitación (con ella quedaron también encerrados el prudente Ulises y sus doce hombres).

Después empezó lentamente a ordeñar a sus animales y colocó a los corderillos junto a sus madres para que mamaran. Puso la mitad de la leche ordeñada en unas ollas enormes para hacer con ella sus quesos, y la restante la dejó a un lado, en una vasija inmensa, para bebérsela de postre de la cena. Después encendió una hoguera tan grande, que en ella hubiera podido asar siete bueyes. Las llamas llegaron al techo, iluminando con su resplandor hasta los más recónditos rincones de la cueva.

A la luz de la llama advirtió entonces el gigante la presencia de Ulises y de sus navegantes. Sorprendido, lanzó una gran voz diciendo :

—¿De dónde sois, de dónde habéis venido, extranjeros? ¿Sois mercaderes, marinos o piratas? ¿Qué venís a hacer a mi casa?

La voz del gigante atronaba de tal modo los ámbitos de la cueva que los hombres de

Ulises sintieron inmenso terror. Mas el héroe, repuesto ya de la primera impresión que le causara la espantosa catadura del gigante, le contestó :

—Somos guerreros del rey Agamenón de Grecia, y volviendo de Troya, donde hemos luchado por nuestro rey, nos dirigíamos a nuestra patria, cuando los vientos nos han impelido hacia esta isla. A tus pies te rogamos quieras darnos la hospitalidad que nuestro dios omnipotente Júpiter ordena que se conceda a los extranjeros.

Pero el gigante, cruel como todos los de su raza, comprendiendo que nada tenía que temer de aquellos guerreros minúsculos, sonrió desdeñoso, y dijo así.

—Los cíclopes no tememos a los dioses, y por tanto no acatamos en nada sus órdenes. Y ahora dime, extranjero. ¿Qué os ha obligado a salir de vuestra nave? ¿Por qué estáis aquí? ¿Tenéis la nave que hasta aquí os ha traído, anclada cerca de estos lugares o al otro extremo de la isla?

Ulises, siempre y ante todo prudente, comprendió que el gigante le hacía tales preguntas

tas con el ánimo de apoderarse de los hombres que en la nave pudieran quedar. Y entonces contestó :

—La tempestad ha destrozado nuestras naves. Sólo estos hombres y yo hemos podido escapar del naufragio.

Entonces Ulises y sus hombres vieron avanzar hacia ellos la enorme mole humana de Polifemo. Cogió el gigante con una sola mano a dos de los navegantes y les golpeó la cabeza contra el suelo hasta rompérsela. Después los abrió en canal, los asó a la lumbre de la hoguera, y una vez estuvieron a punto, los devoró sin dejar ni los huesos. Mientras comía, regalábase con largos tragos de leche y cuando estuvo satisfecho su apetito, se tendió en el suelo de la cueva y se quedó profundamente dormido.

No hay que decir que Ulises y los diez compañeros que quedaban vivos, permanecían paralizados por el espanto, verdaderamente horrorizados ante la cruel y bárbara escena que acababan de presenciar y ante la muerte espantosa de sus amigos y compañeros de armas.

No obstante, al ver al gigante dormido, Ulises llamó a su lado a sus hombres y juntos empezaron a fraguar planes para salvarse de la muerte que les aguardaba. Lo primero que Ulises propuso fué, naturalmente, lo más breve: desenvainar la espada y clavarla en el pecho de Polifemo. Una consideración les detuvo, sin embargo. La enorme piedra que cubría la entrada era tan pesada que ni cincuenta hombres hubieran podido moverla, de modo que aun cuando el gigante muriera, ellos no se salvarían tampoco, pues quedarían allí encerrados, como en una ratonera, y terminadas las provisiones de queso, acabarían por perecer de hambre. Así permanecieron toda la larga noche, lamentando su triste suerte y formando planes para su salvación, aunque sin acabar de hallar ninguno que les satisfaciera. Apenas despuntó el día, el gigante se despertó; encendió de nuevo una inmensa hoguera, ordeñó a sus ovejas y puso al lado de cada una su corderillo. Después, como hiciera la noche anterior, mató a dos hombres, los abrió en canal, los asó a la llama de la hoguera y se los almorzó boni-

tamente. Hecho esto levantó la enorme mole de piedra que tapaba la entrada de la cueva, hizo salir fuera al rebaño, salió él también y volvió a colocar en la entrada la enorme puerta.

Los pobres navegantes y el prudente Ulises, quedaron de nuevo encerrados en aquel antro obscuro, seguros ya de la triste suerte que les tocaría sufrir en cuanto el gigante volviera. En vano hacían mil planes, se consultaban, se torturaban, buscando el modo no sólo de hallar la huída, sino también de vengar a sus cuatro desgraciados compañeros. Largo tiempo permanecieron en estas deliberaciones y, al fin, Ulises que hacia un buen rato que se mostraba silencioso y pensativo, comunicó a los navegantes su plan. Cerca de la hoguera, hallábase un gran tronco de olivo que cuando estuviera seco debía servir a Polifemo de bastón. Este tronco era tan alto como el mástil de una nave. Siguiendo siempre las órdenes de Ulises, los navegantes cortaron una parte del tronco, y el héroe, con gran habilidad lo aguzó por uno de sus extremos hasta formar una larga punta; después en-

dureció ésta punta al fuego de la hoguera y ocultó el tronco donde el gigante, a su llegada, no pudiese verlo. Tratábase entonces de saber cuales de los navegantes ayudarían a Ulises a hundir la punta del palo candente en el único ojo de Polifemo, cuando al fin se rindiera al sueño. Se echaron suertes, y he aquí que la suerte señaló, precisamente, a los cuatro hombres que Ulises deseaba que le ayudaran.

A la misma hora que el día anterior, al atardecer ya, regresó el gigante seguido de su rebaño, al que, como de costumbre, encerró en la cueva. Levantó la gran piedra de la entrada, ordeñó a sus ovejas y colocó junto a ellas a los cabritos pequeños. Tras lo cual cogió a dos hombres más y los asó para la cena.

Cuando hubo terminado su horrible festín, Ulises avanzó desde el oscuro rincón de la cueva en que se hallaba y se acercó al gigante, llevando en las manos una copa de rico vino.

—Algo te falta después de tu festín de carne humana—dijo el héroe a Polifemo.—Prue-

ba de este licor que nuestra nave contenía en gran abundancia.

Cuando Polifemo hubo probado el rico vino de los griegos, chasqueó la lengua con delicia y se confesó asimismo, que jamás había catado bebida tan deliciosa. Con voz atronadora, que en vano intentaba dulcificar la deliciosa sensación experimentada, gritó así a Ulises :

—Me gusta vuestro vino, extranjero. Dame más y dime cómo te llamas. Quiero recompensarte. Aunque los viñedos de esta tierra producen enorme cantidad de vino, he de confesarte que jamás había probado néctar como el tuyo.

Ulises, que nada deseaba tanto como que el gigante se embriagara, escanció del rico vino una y otra, y otra vez, hasta que Polifemo se tendió en el suelo completamente ebrio. Entonces, Ulises le dijo :

—Puesto que eres tan generoso que quieres recompensarme, te diré mi nombre. Me llamo «Nadie» y así me conocen mi familia y los hombres que están a mis órdenes.

El gigante se echó a reir y contestó con crueldad :

—Pues bien, amigo Nadie, quiero compensarte como te he dicho : primero me comeré a todos tus compañeros y te dejaré a ti para el último.

Lanzó una gran carcajada y, habiendo hecho el vino su completo efecto, se tendió cuan largo era, quedando profundamente dormido. Al ver Ulises a Polifemo tendido en tierra, embriagado, rendido, se apresuró a llamar a sus hombres, reanimándoles con sus palabras y despertando en ellos el valor perdido. Juntos corrieron entonces todos a buscar el palo que habían escondido e introduciendo su punta aguda en el fuego la pusieron al rojo. Después lo retiraron, hundiéndolo Ulises y cuatro hombres más con toda su fuerza en el horrible ojo de Polifemo. Algo espantoso sucedió entonces. Recordando la crueldad del gigante y la muerte horrible de sus navegantes más queridos, Ulises, teniendo clavada la estaca en el ojo del cíclope, le dió vueltas hasta lograr que la sangre salie-



...algo espantoso sucedió...

ra a borbotones del ojo y que éste se vacia-
ra.

Púsose Polifemo en pié, lanzando gritos roncos como el trueno, gemidos estridentes, que hicieron retroceder a Ulises y a sus compañeros hasta los rincones más apartados de la cueva. De verdad imponía pavor el aspecto del gigante con el ojo vacío, del que colgaba todavía la estaca roja encendida y cubierta de sangre. Sin dejar de dar voces, Polifemo lo gró arrancarse el palo candente del ojo ; lo arrojó a gran distancia y llamó con formidables gritos a sus hermanos, los otros cíclopes que habitaban en las cercanías, en cuevas semejantes a la de Polifemo.

Acudieron los cíclopes y preguntaron a Polifemo :

—¿Qué te sucede hermano? ¿Por qué nos despiertas con esos gritos? ¿Es que te han herido o que algún ladrón se ha apoderado de tus rebaños.

Entonces Polifemo, ciego, desconsolado, gritó con voz tonante, ansioso de venganza :

—¡Nadie me ha herido a traición !
Y los cíclopes le contestaron :

—Pues si tu mismo dices que *nadie* te ha herido, no sabemos por qué gritas así y en nada podemos ayudarte.

Y dicho esto, como todos los cíclopes eran hombres crueles, no muy compasivos del dolor ajeno, se marcharon tranquilamente a sus cuevas y dejaron allí a Polifemo, rugiendo de dolor y de ira.

El gigante buscó entonces en vano a los que le habían herido. Como estaba ciego, los astutos griegos podían perfectamente esquivar su persecución. El gigante entonces, comprendió que era en vano que les buscara, y decidió que por lo menos no se le escaparan de la cueva. A tientas siempre, halló la gran piedra que cerraba la entrada y la apartó con su fuerza hercúlea. Después se sentó él mismo en el lugar de la piedra, atravesado en la entrada con los brazos abiertos para coger a los navegantes cuando pretendieran escaparse. Pero transcurrieron largas horas y el sueño le sorprendió así. Entonces nuevamente Ulises y sus compañeros se reunieron para tratar del modo de recobrar su libertad.

Y he aquí que Ulises, con su ingenio de

siempre, creyó hallar un medio de fuga. En los rebaños del gigante había carneros muy grandes y fuertes, de espeso vellón negro. Ulises, haciendo con varios mimbres que por la cueva encontrara una fuerte trenza, sujetó de tres en tres varios grupos de carneros después, también con los mimbres, ató a cada uno de sus hombres debajo del vientre del carnero que quedaba en el centro del grupo.

El mismo se colgó en la misma forma que sus compañeros debajo del carnero más alto y más fuerte. Y así, en tan incómoda posición, aguardaron con paciencia los navegantes a que el alba rompiera. Apenas despuntó la aurora, las ovejas empezaron a balar y los carnerillos a impacientarse, deseosos de salir a pacer en los verdes campos.

Entonces Polifemo se despertó, disponiéndose a salir con sus rebaños. Según pasaban por la puerta los animales, Polifemo les pasaba la mano por encima del lomo, sin sospechar que era debajo de ellos, donde los hombres de Ulises se ocultaban.

Y sucedió que el carnero que llevaba a Ulises, fué el último en pasar a causa de que la

carga que llevaba era muy pesada. Como había hecho con los otros, Polifemo pasó la mano por encima del lomo de este carnero, que era su predilecto, y le dijo :

—Tú que siempre eras el primero en salir de la cueva, en guiar a tus compañeros, en buscar para ellos y para ti los pastos más verdes y las aguas más cristalinas, ¿cómo es que ahora eres el último? Sin duda te entristece el ver que Nadie se ha burlado de mí hiriéndome a traición y vaciándome mi único ojo. Si pudieras hablar, carnero mío, sin duda me dirías el lugar en que mi enemigo se oculta para que yo pudiera aplastarlo con mis manos.

+ Mientras el gigante pronunciaba esta terribles palabras, Ulises le escuchaba y permanecía muy quieto, riéndose para sus adentros. Lentamente fueron saliendo todos los animales de Polifemo y dirigiéndose a los verdes prados, camino del mar. Cuando ya estuvieron bien lejos de la cueva, cuando Polifemo se hubo quedado lejos, bien lejos de ellos, Ulises sacó su cuchillo de monte del pecho, y se desató de su extraña cabalgadura. Inmediatamente corrió a desatar también a sus hombres

y todos se apresuraron a llevar el rebaño hacia la playa, donde estaba su nave anclada. Temieron en algunos momentos que el gigante llamara a su rebaño y pudiera darse cuenta de su huída, pero como Polifemo les creía todavía dentro de la cueva y bien encerrados en ella merced a la piedra enorme, no sucedió así y pudieron llegar sanos y salvos a la nave donde sus compañeros, inquietos ya por su suerte, se mostraron jubilosos al verles llegar. No obstante, al relatar Ulises lo que les había acontecido en la isla y al saber los que en la nave habían quedado la triste suerte de sus seis compañeros, prorrumpieron en amargos lamentos y derramaron tristísimas lágrimas. Ulises, sin embargo, les dijo :

—No es ésta hora de llorar. Apresurémonos a embarcar llevando con nosotros el rebaño del gigante.

Cuando todos estuvieron en la nave, cuando los remos agitaron el agua y el bajel emprendió la ruta que debía alejarle de la terrible tierra de los ciclopes, Ulises, antes de perder de vista aquellos lugares espantosos, gritó con toda la fuerza de su voz :

—¡ Polifemo, cruel monstruo, óyeme ! Jupiter y los dioses en que no crees, te han castigado cruelmente por tus crímenes. ¡ Tú que devoras a los extranjeros que te piden hospitalidad, bien mereces quedarte ahí ciego y burlado !

Polifemo que se hallaba todavía sentado a la puerta de su cueva, se levantó furioso al oír estas palabras, comprendió que el falso Nadie se había, de nuevo, burlado de él y arrancó de cuajo una inmensa roca que formaba la cima de una colina, arrojándola al mar, con tal fuerza, que fué a caer muy cerca del bajel de Ulises. Tan cerca cayó, tan violento fué el golpe recibido por las aguas, que el oleaje hizo volver a la nave hasta cerca de la orilla. Pero Ulises dió órdenes a sus hombres de que volvieran a empujar con los remos la nave mar adentro, con la ligereza necesaria para que el gigante no pudiera lastimarles con otra roca. Cuando estuvieron a alguna distancia, Ulises quiso gastar a Polifemo una nueva burla, sin que bastaran a convencerle las súplicas de sus hombres, que le rogaban no se expusiera a la cólera del monstruo, que aún ciego y des-

válido, podía aplastar la nave, aplastarles a ellos, sólo de una pedrada.

Ulises no quiso escucharles y gritó :

—¡Cruel Polifemo ! Si alguien te pregunta que ha sido de tu ojo, dile que te lo vació Ulises, rey de Itaca !

Entonces dejóse oír un gemido más lúgubre y espantoso que todos los que hasta aquel momento el gigante había lanzado. Gritó así Polifemo :

—Ha tiempo me predijo un oráculo que Ulises de Itaca me dejaría ciego. Mas yo, aguardaba ver llegar a un héroe poderoso, a un guerrero lleno de fuerza y no a un pobre enano que ha tenido que emborracharme no atreviéndose a luchar frente a frente conmigo. Pero de todos modos, tu astucia me agrada, Ulises de Itaca. Vuelve a tierra y te trataré como mereces. De otro modo, Neptuno, mi padre, Dios del mar, me vengará devolviéndome mi ojo perdido.

Ulises no hizo caso de las promesas del gigante, cuya残酷 conocía. Pero la burla le agradaba.

— ¡ Tu padre no te devolverá tu único ojo perdido ! ¡ Nunca más volverás a ver el sol !

De nuevo el gigante se desesperó, gritó, se arrancó los cabellos, se retorció las manos, alzó la cabeza y levantó los brazos llamando a Neptuno, dios del mar, y pidiéndole que castigara a Ulises. Así gritaba con voz atronadora :

— ¡ Haz, Neptuno, padre mío, que si el rey de Itaca logra volver a su patria, ello sea tarde y mal ; que pierda antes a sus compañeros, que no conserve sus naves y que no halle en su hogar la paz que desea !

No contestó Neptuno, pero escuchó el ruego de Polifemo, su hijo. Al acabar de decir tales palabras, el gigante, con redoblada fuerza, arrancó otra roca y la arrojó contra la nave de los griegos. Esta cayó tan cerca del bajel de Ulises, que tocó el extremo del gobernalle, pero las olas que levantó empujaron a la nave hacia delante, y pronto Ulises y sus hombres se hallaron junto a las otras naves en alta mar.

Los remos de los héroes de Troya se hundían en las aguas tranquilas cada vez más lejos

de la horrible tierra de los cíclopes. Pero Ulises y sus navegantes, aunque a salvo ya, no estaban contentos. En sus corazones reinaba la tristeza de haber perdido a seis de sus compañeros mejores.

III

ULISES Y CIRCE

Ulises y sus hombres siguieron navegando sobre el verde mar. El dolor sentido se disipaba y los días transcurrían alegres en la esperanza de arribar prontamente a la patria. Mas no recordaba el rey de Itaca que la venganza del dios Neptuno, dueño del mar, le perseguía. No adivinaba que durante otros diez años largos, sería desgraciado a causa de aquella venganza.

Un día al fin, cuando ya creían aproximarse al término de su viaje, se hallaron los navegantes ante una isla tan extraña como jamás habían visto otra. Además de las escarpadas rocas que la rodeaban, hallábase defendida

por una alta muralla de bronce, y esto inspiró a Ulises gran curiosidad y deseo de penetrar en aquellos lugares al parecer inaccesibles. Y sin embargo de su apariencia terrible, no les aconteció a nuestros hombres en aquella isla mal de ninguna clase. Era aquel lugar el reino y el palacio de Eolo, rey de los vientos. Y este poderoso monarca, sabiendo quién era Ulises, le agasajó durante un largo mes, instándole a que anclara allí sus naves y permaneciera largo tiempo con él como huésped. Dió grandes fiestas en honor del héroe. Hizo que su mujer y sus hijos le trataran con gran regalo, y cuando Ulises, transcurridos treinta días con sus noches, mostró deseos de volver a su patria, quiso hacerle un espléndido regalo.

Dentro de un gran cuero de buey encerró a todos los vientos sobre los cuales reinaba, excepto el viento del Oeste, que quedó fuera. Después ató con fuerza la boca de la piel de buey con un hilo de plata y lo regaló todo a Ulises, que lo colocó en el puente de su nave; tras esto Eolo dió terminantes órdenes al viento del Oeste, que, colocado tras las naves del

héroe, debía soplar dulcemente para conducirlas de una vez hasta Itaca.

Y así navegaron los héroes de Troya durante nueve días, de veras deliciosos. El viento del Oeste soplaba con suavidad tras ellos y apenas necesitaban del esfuerzo de los remeros para avanzar hacia su patria. Y así llegaron hasta muy cerca de Itaca, tan cerca, que divisaban ya los bosques de las colinas y las hogueras que encendían los pastores para alejar a las fieras.

Y al ver tan cercana su patria, Ulises sintió una gran alegría. Como ya no creía tener que temer nada, y estaba muy cansado, pues durante aquellos últimos nueve días no había querido descansar ni un momento, sintiendo que los ojos se le cerraban de sueño, quiso reposar unas horas para llegar a su reino sin fatiga ni pena. Puso a sus hombres de guardia en el puente y él bajó, dispuesto a dormir tranquilamente un rato.

Y los hombres que estaban en el puente, y otros que se les unieron, viéndose cerca del término de su viaje, empezaron a murmurar entre sí.

—Ya veis cuán ricos tesoros lleva Ulises consigo. Y nosotros que hemos combatido por Grecia lo mismo que él, apenas si llevamos nada que ofrecer a nuestras mujeres. La verdad es que no se porta bien con nosotros... Nada nos ha dicho del regalo que le ha hecho Eolo ni en él hemos tenido parte alguna. De fijo que el cuero de buey está lleno de oro y plata y Ulises, por no partir su botín con nosotros que le hemos ayudado a llegar hasta aquí, nos oculta su contenido.

Y llevados por la codicia empezaron a tratar de si sería prudente, ya que Ulises estaba dormido y el término del viaje se aproximaba, desatar el cuero y apoderarse de los tesoros que según ellos creían, de fijo contenía.

Y dicho y hecho: con gran ligereza, para realizar su mal pensamiento antes de que Ulises se despertara, desataron la boca del pellejo de buey.

Inmediatamente se escaparon del pellejo todos los vientos. Arremolinándose, luchando entre sí, soplando unos contra otros, levantaron un violento huracán, tan fuerte que la nave ¡que tan cerca había estado

ya de las costas deseadas !, fué arrojada de nuevo hacia lo ignoto, hacia la lejanía. Cuando los navegantes vieron que se alejaban de ellos los verdes bosques, los prados floridos, las hogueras prometedoras, la patria adorada, cuando contemplaron a Itaca sólo como una manchita lejanísima en el mar azul, se arrepintieron de su mal pensamiento y lanzaron al viento sus gemidos. El fragor del huracán y el llanto de sus hombres despertó a Ulises. Por un momento al saber lo ocurrido, el héroe prudente se sintió descorazonado, triste. Por un momento sintió a su vez tentaciones de arrojarse al mar y concluir con su vida. Mas, haciéndose fuerte, logró recobrar su valor y vencer con su pericia de marino a la tempestad. De nuevo volvió a hallarse ante las murallas de bronce que cerraban el palacio del rey de los vientos. Como sus naves estaban casi deshechas y sus hombres rendidos y sus provisiones agotadas, Ulises ordenó a los navegantes que se acogieran a las orillas de la isla de su amigo Eolo para pedirle provisiones y descanso.

Desembarcó, pues, y se encaminó al palacio

del rey de los vientos. Hallábase Eolo a la mesa con su mujer y sus hijos, y al ver al héroe le preguntó sorprendido :

—¿ Cómo regresas tan pronto, Ulises ? ¿ Qué degracia ha malogrado tu viaje cuando yo te dí todos los medios de llegar felizmente a tu patria ?

Bajó Ulises la cabeza casi avergonzado de lo acontecido y confesó la verdad a su amigo.

—Mis hombres—repuso—, soltaron a los vientos mientras yo dormía. Esta es la causa de mi regreso. Ayúdame de nuevo a volver a mi patria.

Mas el rey de los vientos, al conocer lo ocurrido, se encolerizó y no quiso escuchar a Ulises.

—¡ Vete ! —le gritó—. ¡ No quiero ayudarte ! Muy infame debes ser, cuando los dioses han permitido que te ocurra semejante desgracia.

Ulises volvió a sus naves apesadumbrado, y él y sus hombres volvieron a navegar cada vez más tristes. Los vientos sueltos y enfurecidos por su larga permanencia dentro de la piel de buey, soplaban cada vez con más ener-

gía ; los pesados remos de los navegantes no lograban dominar la cólera de las olas, y los hombres se fatigaban en la estéril lucha y rendidos perdían los ánimos. Y así pasaron seis días y otras tantas noches.

Al séptimo día, vieron tierra y agradecieron a los dioses el haberles salvado de un inminente naufragio. Era la tierra que divisaban una hermosa isla en la que se admiraba un hermoso puerto natural, rodeado de inmensas y escarpadas rocas. Dentro de aquel puerto, el agua era lisa como en un estanque, y allí ordenó el héroe que fondearan todas las naves, a excepción de la suya, que dejó fuera del puerto, amarrada a una roca. En unión de algunos de sus hombres, subió Ulises a la roca más alta para mirar qué clase de país era aquel ; pero nada pudo ver : ni hombres ni animales ; sólo unas leves columnas de humo que hacia el cielo se elevaban. Ulises ordenó entonces a tres de sus hombres que avanzaran por la isla, adentrándose en ella hasta averiguar qué clase de gentes la habitaban. Lo hicieron así los hombres y siguieron un camino en cuya tierra vieron marca-

das las huellas de los carros que conducían la leña desde los montes a la ciudad. Avanzaron guiándose también por las columnas de humo que al principio habían divisado y al fin llegaron a las puertas de la capital del reino. Allí encontraron una fuente, al lado de la cual peinaba sus cabellos una joven. A ella se dirigieron, sabiendo por sus palabras que era hija del rey de la isla. Al mismo tiempo les hizo ofrecimiento de conducirles a palacio y presentarles a la reina.

Y era aquella una isla habitada por enormes gigantes, devoradores de carne humana. La reina, a cuya presencia llegaron los navegantes, era una mujer tan corpulenta como la cima de una montaña. Su aspecto era tan horrible, que los guerreros la miraron con terror y repugnancia. Al ver a los tres hombres, la imponente mujer llamó a su marido, el monarca.

El rey, un gigante tremendo, al ver aquellos enanillos, se avalanzó a ellos como león hambriento, cogió a uno por mitad del cuerpo y lo devoró en cuatro dentelladas. Los otros dos guerreros huyeron despavoridos, corrien-

do hacia las naves, más el caníbal lanzó su grito de guerra, al que acudieron otros gigantes tan imponentes como él, que corriendo también hacia el puerto y arrancando las rocas que los rodeaban, empezaron a arrojarlas contra los bajeles que allí se habían refugiado y a los que aplastaron como débiles cáscaras de huevo.

Levantóse hasta el cielo un clamor de agonía; los guerreros moribundos, heridos, gemían dando para siempre su adiós a la patria y a la vida, y los gigantes, entre tanto, cogían con toda facilidad a los heridos y moribundos como si fueran inocentes pececillos y se los llevaban a sus casas para regalarse con ellos. Ulises, en tanto, presenciaba horrorizado estas escenas desde lo alto de la roca que le servía de atalaya y viendo así sus naves destruidas y muertos a sus hombres, comprendió que nada podía hacer contra aquellos enemigos dotados de fuerza sobrehumana. Se metió, pues, en su nave, la única que había permanecido fuera del puerto, desenvainó su espada, cortó con ella la amarra y dando orden a sus nave-

gantes de que remaran con toda su fuerza, hizo que el navío se alejara rápidamente.

Sólo el bajel en que iba Ulises y los tripulantes que lo manejaban, escapó a la horrorosa catástrofe. Otra vez, aunque contentos de haber salvado la vida escapando a tan grave peligro, Ulises y sus compañeros lloraron a los amigos que dejaban atrás y a los que no volverían a ver nunca, nunca.

Varios días navegaron hasta llegar a la isla Eea. Dos largos días permanecieron los navegantes en sus playas tristes, desanimados, desesperando ya de que un buen viento les condujera hasta Itaca. Pero al tercer día Ulises les animó con sus palabras, haciéndoles ver la inutilidad de sus lamentaciones. Armando de su lanza y de su espada, trepó hasta una colina, desde la cual se proponía observar qué tierra era aquella, completamente desconocida para todos. Y vió una sola columna de humo que se elevaba hasta el cielo (era el humo del palacio de Circe, la maga de las doradas trenzas).

Descendía ya Ulises de la colina, cuando vió a un ciervo, se puso en acecho y logró

matarlo de una lanzada. Lo cargó sobre sus hombros y lo llevó junto a sus compañeros.

—Animo—les dijo.— ¡Por lo menos ya no moriremos de hambre! ¡Mirad lo que os traigo!

Al ver al hermoso animal, los guerreros que estaban hambrientos, olvidaron por unos momentos sus penas, comieron y bebieron alegramente y se echaron después a dormir. A la mañana siguiente, al despertar, Ulises volvió a insistir en la conveniencia de penetrar en la isla y de explorarla debidamente. Los guerreros habían perdido el valor, y tantas y tan extrañas aventuras les hacían temer los más graves males. Ulises, sin embargo, les ordenó que le obedecieran; dividió a su gente en dos compañías y tomó el mando de una de ellas, dando el de la otra a su cuñado Euriloco. Se echaron suertes para saber cuál de las dos compañías debía explorar la isla. La suerte designó a la compañía de Euriloco, que se componía de veintidós hombres y de su capitán. Avanzaron y después de andar largo tiempo, hallaron en medio de un bosque un palacio todo de piedra pulimentada. Era la mansión

de Circe, y ante su puerta corrían multitud de lobos y leones mansos, que, como perros que saltan de alegría al regreso de su amo, corrieron en torno de Euriloco y de los suyos. Eran las fieras encantadas por la maga, por Circe.

Al ver animales tan extraños, los guerreros permanecieron unos instantes sobre cogidos de temor y sorpresa. No obstante, siguiendo las órdenes de su capitán, avanzaron hacia la cerrada puerta del palacio y se detuvieron allí, oyendo una voz de mujer, tan harmoniosa, que deleitaba y paralizaba a cuantos la oían. Era Circe, la maga, quien así cantaba.

—Llamemos a la que tan dulcemente canta —dijo uno de los navegantes, el predilecto de Ulises.

Y llamaron a la puerta y Circe les abrió invitándoles a entrar. Y todos quedaron maravillados de su espléndida belleza.

Euriloco, sin embargo, acordándose de la hermosa hija del gigante, que junto a la fuente les había engañado con tal crueldad, sintió vivo temor y se quedó a la puerta.

Pero los hombres que con él iban penetra-

ron tras la maga; prometiéndose infinidad de delicias.

Circe les condujo al interior de su palacio, les hizo sentar en cómodos sitiales y les ofreció, para reparar sus agotadas fuerzas, una mezcla de queso, vino, harina y dulce miel. Añadió al grato manjar ciertas drogas que hacían perder la memoria, y así que los guerreiros hubieron comido, la maga los tocó con su varita y los convirtió en cerdos. De cerdo eran sus ojos, y su boca—transformada en morro bestial—, y sus patas y su cuerpo todo, mientras, para su mayor desdicha, su inteligencia seguía siendo humana. Una vez hubo reducido a tan triste estado a los navegantes griegos, la maga les encerró en obscuras pocilgas, y les arrojó bellotas, desperdicios y las demás cosas que suelen comer los cerdos.

Euriloco, en tanto, aguardaba, aguardaba inútilmente, a la puerta del palacio de la maga, a que salieran sus compañeros. Mas pasaron muy largas horas sin que las puertas se abrieran. Entonces, desatinado, loco, el noble capitán corrió hacia la nave, dando por cierto que a sus amigos les ocurría una grave desgra-

cia. Al hallarse ante Ulises, se sentía tan afligido, que apenas podír pronunciar palabra ; sólo dejaba escapar hondos suspiros, mientras sus ojos derramaban abundantes lágrimas. Al fin, a las reiteradas preguntas de Ulises y de los que con él habían quedado, pudo Euriloco contar cómo sus compañeros habían entrado en palacio pero no habían salido de él, a pesar del largo tiempo transcurrido.

Apenas le oyó Ulises requirió su gran espada de bronce, claveteada de plata, tomó su arco, y ordenó a Euriloco que le mostrara el camino de palacio. Mas el guerrero, arrojándose a sus pies, y cogiéndose con fuerza a sus rodillas, le suplicó así :

—No me obligues a ir allá a la fuerza ; pues sé que no volveréis nunca ni tú ni los que te acompañen. Mejor será que huyamos todos en la nave.

Ulises replicó, burlón :

—Está bien, Euriloco ; tú te quedarás aquí, junto a la cóncava nave, comiendo y bebiendo, mientras yo voy adonde me empuja mi anhelo.

Y solo, sin compañía alguna, Ulises partió

hacia el palacio de Circe, la maga de las trenzas doradas.

Estaba ya cerca de él cuando le salió al paso un hermoso jovencillo. En la varita dorada que llevaba en la mano, comprendió Ulises que el doncel no era otro que Mercurio, mensajero de los dioses. Tomándole una mano, habló así Mercurio al héroe :

—¿Dónde vas, Ulises, solo y sin conocer estos lugares? Tus compañeros están en el palacio de Circe, convertidos en cerdos inmundos y encerrados en repugnantes pocilgas... ¿Es que, por ventura, quieres tú salvarlos? La misma suerte que ellos correrías si lo intentaras, pero yo voy a librarte de ella.

Entonces, dió a Ulises una extraña planta de raíces negras y flores tan blancas como la leche. Aquella planta debía apartar de él todo el poder de las hechicerías de la maga.

—Cuando Circe te quiera tocar con su varita mágica—añadió Mercurio—tú saca tu espada y arrójate sobre ella como si fueras a matarla. La maga entonces, aterrada, te pedirá gracia, te tratará con bondad, y te ofrecerá ricos manjares y cómodo lecho. Antes de aceptar nada

de cuanto te ofrezca, debes exigirle el juramento de los dioses de que nada intentará contra ti.

Prometiólo así Ulises, y Mercurio se alejó. El héroe llegó al fin al palacio de la maga y llamó a su puerta.

Entonces la maga salió a abrir, y recibiendo sonriente al héroe, lo condujo a un hermoso salón, lo hizo sentar en un cómodo sitial en el que relucían bellos clavos de plata, y le ofreció en una copa de oro, una mezcla de miel, vino, harina y drogas nocivas. Al mismo tiempo que Ulises bebía, la maga, impaciente por verlo encantado, le tocó con su varita mágica, diciendo :

—Ve a la pocilga, y échate al lado de tus compañeros.

Mas Ulises, gracias a la planta que Mercurio le diera, no quedó encantado, como ella esperaba, y, siempre siguiendo el consejo del mensajero de los dioses, sacó la espada que llevaba al cinto y se arrojó sobre Circe, como si fuera a matarla.

Se arrodilló ella á sus pies, preguntando en agudo grito :

—¿Quién eres, extranjero? ¿De qué tierra



...como si fuera a matarla,

vienes? Un solo hombre es capaz de resistir a mis conjuros: Ulises, que ha de regresar de Troya a su patria en negra y cóncava nave. Si tú eres el héroe a quien aguardo, envaina tu espada; seámos amigos y acepta la hospitalidad que te ofrezco.

Contestó Ulises:

—¿Cómo puedo ser tu amigo ni aceptar tu hospitalidad cuando tú, con tus hechicerías, has convertido en cerdos a mis compañeros? ¿Cómo puedo tener en ti confianza si antes no me juras no hacerme daño alguno y dejar-me volver sano y salvo a mi patria?

La maga entonces juró lo que Ulises quiso, y después que se hubieron prometido amistad, Circe llamó a sus doncellas e hizo que tendieran ante su huésped ricos tapices y le presentaran platos de oro y copas de plata con exquisitos y deliciosos manjares. Tras esto, las doncellas prepararon para Ulises un baño templado y le vistieron una túnica y un manto de púrpura. Después, Circe le rogó que quisiera sentarse en un magnífico sitial, con un cómodo taburete a los pies.

Mas Ulises no podía comer ni beber apenas,

y se mostraba triste y afligido, sin dirigir la palabra a la maga.

—¿Por qué permaneces mudo, Ulises—le preguntó Circe—y no pruebas apenas los manjares que mis doncellas te sirven? ¿Temes acaso que rompa el juramento que te he hecho, y te prepare alguna emboscada?

Contestó Ulises:

—¡Oh, Circe! ¿Cómo puedo estar contento, ni comer, y beber a gusto, antes de ver a mis compañeros desencantados y con su figura humana? Sólo cuando con mis ojos vuelva a verlos tal como antes eran, podré, Circe, creer tus promesas.

Circe entonces abrió las puertas de la pocilga en que estaban encerrados los navegantes convertidos en cerdos. Uno a uno fueron saliendo y uno por uno la maga los fué tocando con su varita, al tiempo que pronunciaba mágicas palabras. E inmediatamente los cerdos, uno tras otro, se convertían en hombres, más jóvenes, más fuertes, más altos y más bellos que antes del encantamiento. Al ver a Ulises corrieron todos a besarle las manos, gozosos. Reían y lloraban a un tiempo, de pura

alegría, y la misma maga no pudo contener una lágrima que asomó a sus bellos ojos. Después Circe rogó a Ulises que fuera en busca de los navegantes que habían quedado en el bajel, para ofrecerles a todos un festín magnífico.

Cuando Ulises llegó a la nave, halló a sus hombres sumidos en la más honda tristeza. Imaginaban que ya nunca verían a su capitán y monarca y plañoan desconsolados. Y tanto amaban al héroe que, cuando le vieron, sintieron tanta o mayor alegría que si hubieran visto los verdes prados de la amada Itaca.

Aceptando con ello la invitación de la maga, Ulises ordenó a sus hombres que vararan el bajel en la arena de la playa, que escondieran los tesoros y provisiones en la tierra de las cercanías, y le siguieran al palacio de Circe, donde gozarían de delicias sin cuento. Ellos se disponían a obedecerle, con sumisión y entusiasmo. Mas Euriloco les increpó entonces, tratando de retenerles.

—¿Adónde vais, locos, hijos de Júpiter? —dijo—. ¿No sabéis que Circe, la maga engañadora nos convertirá a todos en cerdos, o en

leones, o en lobos, apenas transpongamos sus puertas? Mentira parece que no conozcáis aún la temeridad de Ulises, que siempre nos lleva al peligro. ¿Acaso habéis olvidado que él fué quien nos metió en la cueva de Polifemo?

Los guerreros, temerosos de que fuera como Euriloco decía, no se atrevían a seguir al héroe. Enfurecido Ulises por las palabras de Euriloco,—al que, sin embargo, amaba como a un hermano—desenvainó la espada y se dirigió a él, dispuesto a cortarle la cabeza. Los otros guerreros le rodearon tratando de calmar su cólera.

—Deja aquí a Euriloco, ya que no quiere venir—le dijeron.—El guardará la nave mientras nosotros nos regalamos en el palacio de Circe, la maga.

Más Euriloco, avergonzado ahora de su temor, no quiso permanecer al lado de la cónica nave, y siguió a los otros. En tanto, Circe había preparado benéficos baños para los navegantes desencantados, y los había perfumado y vestido con muy ricas túnicas. En la mesa del banquete se hallaban ya, cuando Ulises y los otros compañeros llegaron. Y al verse unos

a otros se abrazaron llorando y empezaron a recordar las penalidades pasadas y los deseos que sentían de llegar a la anhelada y siempre lejana patria.

Dijo entonces Circe :

—Cese ya vuestro lamento, hijos de Júpiter. Bien sé las penas que habéis tenido que sufrir en el mar poblado de monstruos, y el daño que en tierra firme os han hecho los hombres... Por ello creo que os conviene ahora, durante algún tiempo, vivir felices y descuidados, comiendo y bebiendo y regalándoos hasta que vuestros corazones recobren alegría y valor, y os sea dado volver a vuestros hogares.

Y día tras día, pasaron un año los navegantes y Ulises en el palacio de Circe. Transcurría el tiempo deliciosamente en festines y banquetes y danzas continuas. Hasta que, al llegar de nuevo los largos días del verano dijeron sus hombres a Ulises.

—¿Acaso vamos a permanecer aquí toda la vida? ¿No hemos de ver ya nunca las verdes colinas de Itaca?

Escuchó Ulises los ruegos de los navegantes, que lograron convencer a su corazón generoso.

—Circe—dijo aquella noche a la maga, tras el banquete—, al jurarme amistad, me juraste también que me ayudarías a volver con mis hombres a mi amada patria. Ellos y yo sentimos ya la nostalgia de nuestros hogares. Permitenos volver a ellos.

—No os retendré contra vuestra voluntad— dijo Circe—. Vuelve a tu patria, Ulises.

Y tras estas palabras, le trazó la ruta que por los mares había de seguir su cóncava nave antes de tomar rumbo hacia Itaca, y le advirtió de los peligros que tendría que correr y le dijo lo que debía hacer para conjurarlos.

Mas si tú o tus hombres—añadió—hacéis algo de lo que acabo de prohibiros, atraeréis sobre vuestras cabezas la ruina. Y aun cuando escapes del peligro, Ulises, no volverás a Itaca sino al cabo de mucho tiempo, después de haber perdido a todos tus compañeros y en el más miserable estado.

Despuntaba la aurora, bañando en rosada luz las copas de los árboles de la encantada isla, cuando los remos de los hombres de Ulises, hendieron las olas. Pronto, sin embargo,

dejaron de remar, pues Circe, la maga de las rubias trenzas, les envió, al despedirles, un viento favorable que hinchó sumamente las velas de la nave, y suave, muy suavemente, la empujó hacia Itaca.

IV

ULISES Y LAS SIRENAS

Entre los peligros de que Circe advirtió a Ulises, era acaso el mayor el que debía correr al pasar ante la isla de las Sirenas.

Era esta una isla bellísima, que se encontraba en medio del Océano, y que estaba únicamente habitada por unas extrañas mujeres, hijas del mar, que, de cintura para abajo, tenían la forma de grandes pescados. Las Sirenas, seres cruelísimos, gustaban de permanecer sentadas sobre la hierba de los prados, a la orilla del mar, entonando dulcísimas y atrayentes canciones. Y hay que saber que más bellas y hechiceras que sus rostros eran sus voces. Atraídos por ellas, los marineros cuyos ba-

jeles pasaban por aquellos sitios, no podían resistir a la tentación de desembarcar en la isla. Entonces, las infames sirenas los mataban ; en los prados y en las playas donde las sirenas vivían, se amontonaban las calaveras, las osamentas de los hombres asesinados por ellas. Mas desde el mar no se veía tan horrible espectáculo y sí solo las flores espléndidas, los bellos rostros y las cabelleras flotantes de las Sirenas.

Y se escuchaba, sobre todo, su canto, aquel canto delicioso, incomparable, que acompañado por el leve murmullo de las olas que iban a morir blandamente sobre la playa, atraía a los marineros y los hacía víctimas del cruel encanto.

—Aquel que se acerca a la isla de las Sirenas y escucha su bella canción, no vuelve a ver jamás a su mujer ni a sus hijos—había dicho Circe al prudente Ulises.

Y le había dado instrucciones para evitar tal peligro.

Y he aquí que el bajel en que Ulises navegaba por el mar azul, se acercaba, impelido por la brisa, a la isla de las Sirenas. Mas estas,

con sus conjuros, lograron calmar el viento; las olas quedaron tranquilas y fué preciso a los tripulantes tomar los remos y empujar la nave con toda su fuerza. Ni una ráfaga de viento hinchaba las velas, y la nave apenas podía avanzar para alejarse de aquellos lugares.

Entonces, muy lejano todavía, casi como un eco, empezó a oírse un cántico dulcísimo. Era la voz de las Sirenas. Siguiendo las instrucciones de la maga, Ulises cogió una barrita de cera, la cortó en pedazos con su espada de bronce, la moldeó con sus fuertes dedos, y tapó con ella los oídos de los tripulantes, a fin de que no pudieran oír el canto de las Sirenas. El no se tapó los oídos, pero—siempre cumpliendo lo que Circe le aconsejara—ordenó a sus hombres que le ataran de pies y manos al mástil, tan fuerte como les fuera posible, y que, aunque él, al escuchar la voz de las Sirenas, les rogara por señas que lo desataran, no le hicieran caso, antes redoblaran sus ligaduras.

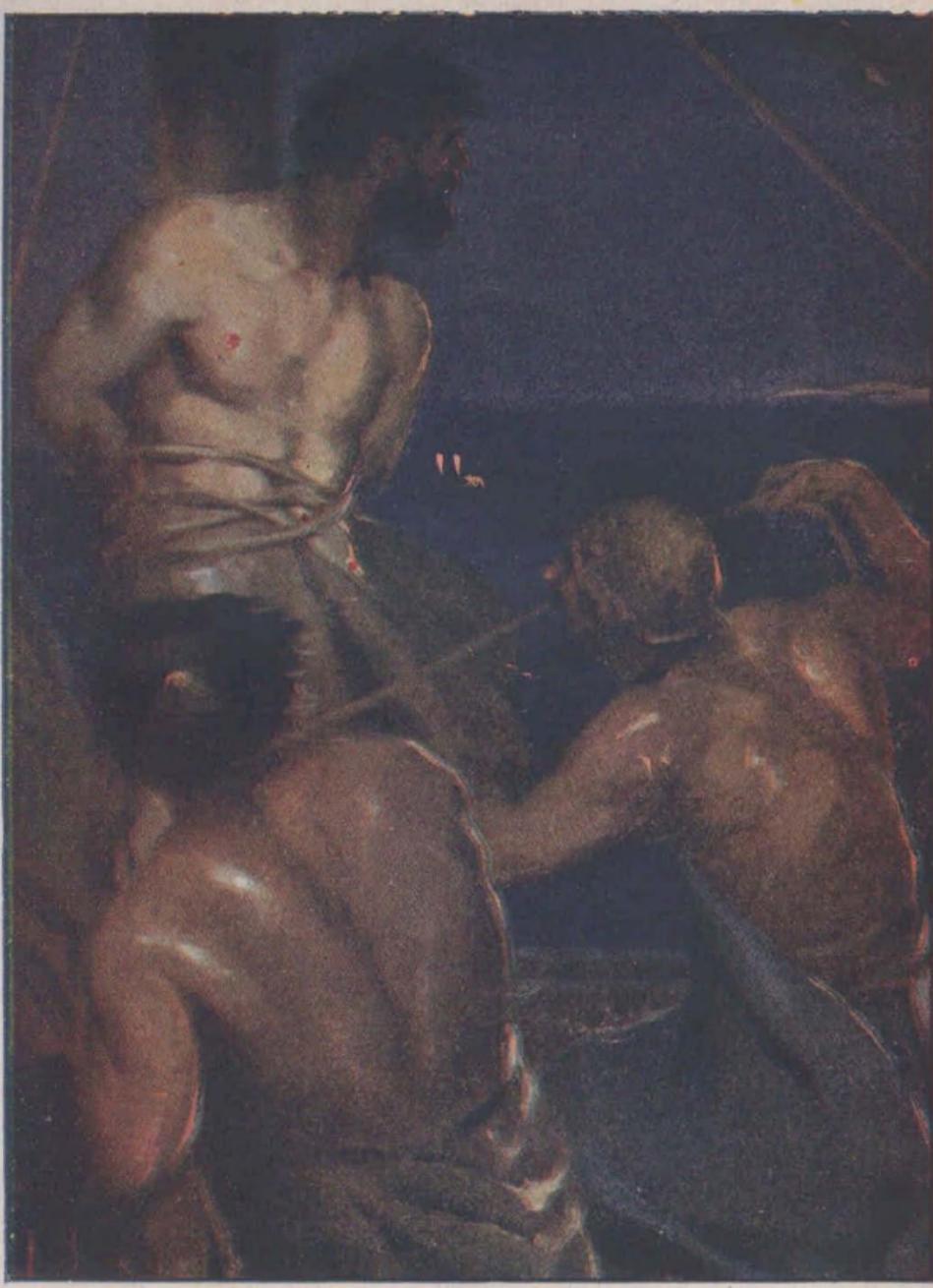
Recordando siempre los consejos de Circe, una vez estuvo Ulises atado de pies y manos al mástil de su navío, ordenó a sus hombres que aceleraran la marcha de la nave. Y ellos,

aunque tenían los oídos tapados y no podían oír, comprendieron bien las señas que el héroe les hacía y hundieron con gran fuerza los remos en la onda.

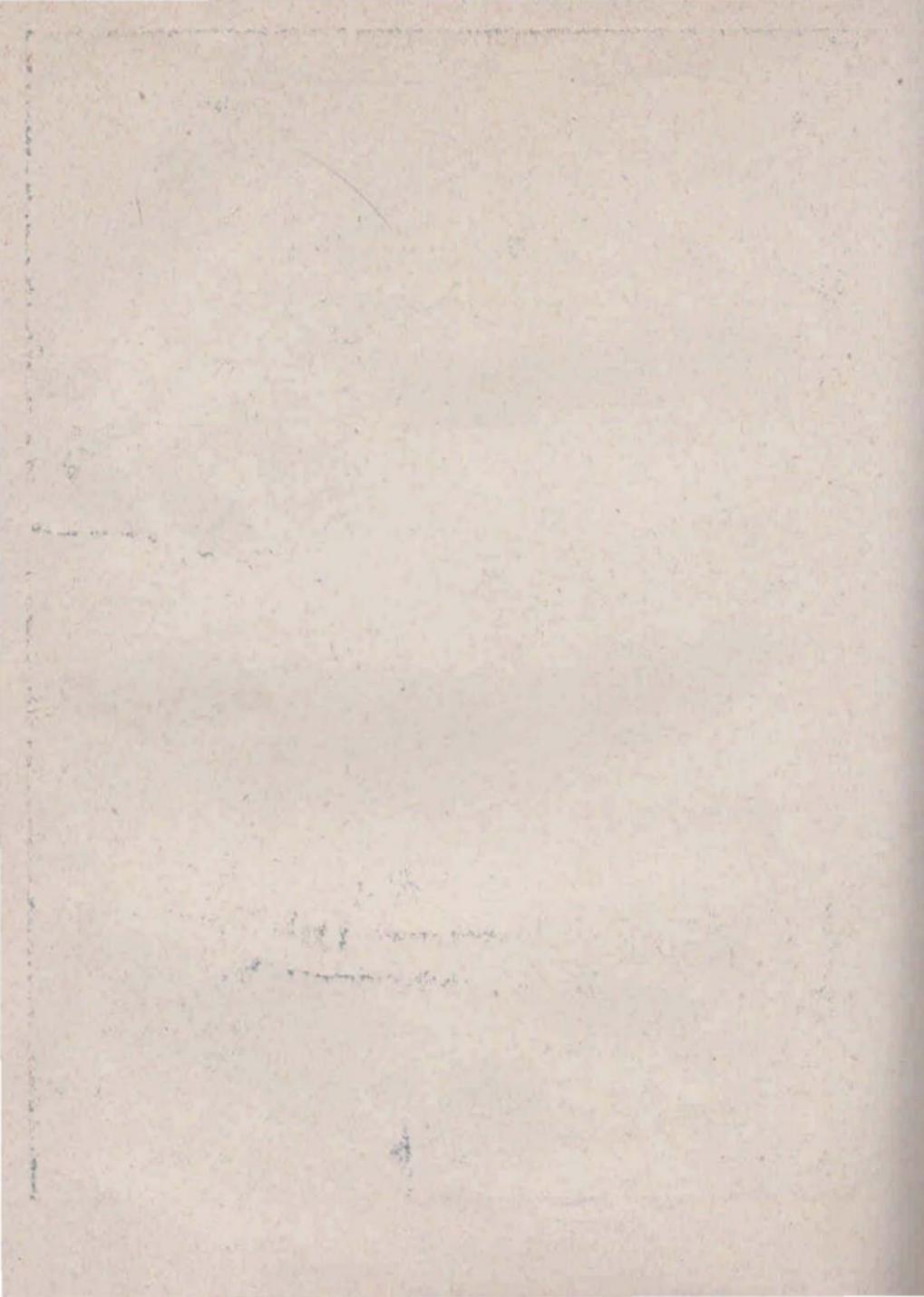
Corría, corría el bajel de Ulises al pasar ante la isla de las Sirenas. Y ellas lo vieron y entonaron con la más dulce voz la más dulce de las canciones.

—Ven, acércate, valiente Ulises, gloria y honor de los Aqueos—decían las palabras de su cántico—. Detén el negro navío y escucha nuestra canción. Ningún héroe pasa jamás de largo por este lugar, sin escuchar nuestras voces, dulces como la miel, que alegran el alma y acrecentan la sabiduría. Nosotras lo sabemos todo y conocemos por tanto los grandes trabajos que habéis pasado ante la ciudad de Troya. Cantaremos para ti la gloria de las victorias griegas y te predeciremos el porvenir. ¡Ven, acércate, valeroso Ulises!

Ulises oyó aquellas voces y sintió que el alma quería volar hacia el lugar de donde partían. Y miró a la playa y vió a las Sirenas tendidas entre las flores, tan hermosas como jamás pudo él imaginar que mujer alguna lo fuese.



...a ligarle con mucha más fuerza.



Entonces hizo seña a sus hombres de que lo desataran, de que lo dejaran libre de irse con las Sirenas.

Los otros navegantes, como llevaban los oídos tapados con cera, no escuchaban la canción melodiosa de las Sirenas y no experimentaban tentación alguna, por tanto, Euriloco, al ver las desesperadas señas que Ulises les hacía, al mismo tiempo que luchaba por desligarse de sus ataderos, comprendió que el héroe se sentía atraído por el encanto de las pér-fidas Sirenas, y, en unión de otro tripulante corrió, no a desatarle, sino, por el contrario, a ligarle con mucha más fuerza. En tanto, los marineros, sordos, remaban, remaban...

Y tanto y tan bien remaron, que no tardaron en estar lejos de la peligrosa isla de las Sirenas. Cuando Ulises dejó de oír en absoluto su cántico, se tranquilizó y dió orden a los tripulantes de que se quitaran la cera de los oídos. Lo hicieron ellos y lo desataron. El peligro había pasado.

Mas otro les aguardaba. Un ruido, bien distinto del cántico de las Sirenas, se oía ya. Pasaban entonces los navegantes por las Rocas

Erráticas, peligro del que también Circe les había avisado. Contra aquellas rocas chocaban incesantemente, cual si quisieran cubrirlas, formidables olas. Ni aun las aves de rapiña podían atravesar por aquellos lugares sin ser arrastradas por las furiosas aguas. Y un remolino imponente lanzaba de modo continuo a la superficie los restos de los navíos y los cadáveres de los marineros que en él perecieran. El rugido del mar era allí más horrisono que el de veinte tempestades juntas. Por él comprendió Ulises que se hallaba ante las Rocas Erráticas. Los tripulantes, aterrorizados, soltaron los remos. Mas Ulises, sin perder el valor ni un momento, les dijo palabras que les devolvieron los ánimos.

—Amigos, no somos ya gente inexperta en fatigas y penalidades. Este que ahora nos amenaza no es acaso tan grande como el de la cueva de Polifemo, y al fin, logramos de aquel peligro salir sanos y salvos. Igualmente habremos salido de éste dentro de muy poco, si cumplís lo que voy a mandaros.

Y, siguiendo siempre las recomendaciones de Circe, continuó :

—Vosotros, mis valientes remeros, apoyáos con toda vuestra fuerza en el remo, hundiéndolo en el agua de modo veloz para pasar pronto por entre las rocas. Y tú, timonel, procura mantener el navío siempre en línea recta, cuidando al mismo tiempo de no chocar contra las rocas y de evitar la furia de las olas.

Así lo hicieron los navegantes y lograron atravesar por entre las Rocas Erráticas, sin perder la vida. Mas he aquí que las Rocas Erráticas no eran el único peligro que en aquellos lugares les amenazaba.

NUEVOS PELIGROS

Al hablar a sus hombres del peligro de las Rocas Erráticas, diciendo que no era en modo alguno superior al que en la cueva del cíclope les amenazara, calló Ulises, de propósito, los nombres de Escila y Caribdis, que él también conocía por Circe. Temía, sin duda, el héroe prudente, que los navegantes, aterrorizados por tantos peligros, perdieran los ánimos, abandonaran los remos y se perdieran, perdiendo la nave.

Porque más allá de las Rocas Erráticas había un lugar no muy ancho por el que debía pasar el bajel y en el que, frente a frente, se elevaban dos inmensas rocas. Una de ellas, muy negra,

y tan alta que parecía amenazar al cielo, estaba, aún en los más hermosos días del verano, coronada por negrísima nube. Era esta roca tan resbaladiza como el cristal, y por ello, ningún mortal, aunque hubiera tenido veinte pies y veinte manos, hubiera podido trepar por ella. En aquella roca, dentro de una obscura cueva, vivía un horrible monstruo llamado Escila, que de día y de noche ladraba como un perro salvaje. Toda la parte inferior de su cuerpo permanecía oculta dentro de la cueva que le servía de albergue, de la que salía únicamente la parte superior : doce patas y seis cabezas. La boca de cada una de estas cabezas tenía tres hileras de agudísimos dientes. Cuantos animales pasaban por aquellos lugares, fueran gaviotas, delfines o aves de rapiña, eran engullidas por el fiero monstruo. No hay que decir que cuando pasaba algún navío el festín era completo, pues cada una de las seis cabezas del monstruo arrebataba y devoraba a un marinero.

En la roca que estaba frente a ésta, crecía un árbol cubierto de frondosas hojas. Debajo de ellas habitaba otro terrible monstruo que tres

veces al día absorbía como una tromba el agua del mar, haciéndola penetrar en su cueva y devolviéndola luego a fuera. Todo cuanto por el mar pasaba en el momento en que el monstruo chupaba las aguas, penetraba también en la caverna del monstruo y salía convertido en restos informes. De todo esto—que el prudente Ulises había callado a sus hombres—le había dado cuenta la previsora Circe, de las trenzas de oro, añadiendo :

—Como Escila no es mortal es inútil luchar contra él. No hay defensa ninguna para el hombre contra sus ataques. Será, pues, en vano que, fiado en tus armas y en tu gran valor intentes combatir contra él. Lo único que puedes hacer es huir a todo remo, lo más de prisa que te sea posible.

Pero Ulises, cuyo valor era indomable, al oír el furioso ladrido de Escila, olvidó las recomendaciones de Circe, y, revistiéndose de su rica armadura, se dispuso a luchar con el monstruo. Tomando dos largas lanzas, se colocó en la proa de la nave y fijó los ojos en la boca de la cueva por donde debían aparecer las seis horribles cabezas.

Mas no apareció Escila, y entonces Ulises volvió sus ojos hacia el remolino de Caribdis. El monstruo formaba la espantosa tromba engullendo el agua del mar hacia el interior de su caverna. Pálidos y temblorosos de temor, los marineros remaban con toda su fuerza, más, apartándose de Caribdis cuanto podían para no caer en la tromba, se acercaron a la caverna de Escila. Y salieron entonces de sus profundidades las seis espantosas cabezas del monstruo, que arrebataron a otros tantos marineros de la nave de Ulises.

Las infelices víctimas de Escila tendieron los brazos al héroe, implorando al mismo tiempo con la mirada su vano auxilio, y fué aquella la escena más triste que los ojos de Ulises presenciaron en tantos años de penalidades y fatigas.

Alejábase al fin la nave de aquellos espantosos lugares. Apenas si podían moverse, tan rendidos estaban de la lucha con los monstruos y con los elementos los hombres de Ulises. Y he aquí que, dejando ya atrás, muy atrás, los horribles peligros, vieron los navegantes una isla hermosísima, cubierta de la hierba más verde y lozana que pueda soñarse. En aquellos

prados pacían bellísimas vacas de ancha frente, y ovejas magníficas. Contemplándolas desde el puente de su bajel, comprendió Ulises que era aquella la isla en que se guardaban los ganados del Sol, de la cual Circe le había hablado. Y recordó las palabras de la maga :

—Si tú o tus hombres matáis alguna de las vacas del Sol, la más completa ruina caerá sobre la nave y los que la tripulan, y aun cuando tú puedas salvar la vida, perderás a todos tus compañeros y regresarás a tu patria en el más miserable estado.

Ulises, arrepentido de haber olvidado, aún por un momento, los consejos de Circe, ordenó a sus hombres que pasaran de largo ante la isla prometedora. Pero los navegantes murmuraron un momento entre sí, hasta que, destacándose Euriloco de entre ellos, habló de este modo :

—Tú pareces de hierro, Ulises, pues ninguna fatiga te rinde. Mas piensa que tus hombres son de carne y hueso, y ya no pueden más, pues están agotados, y ahora que tenemos a la vista una hermosa tierra, tú les mandas pasar de largo ante tan bella isla. ¿Por qué te

empeñas en que sigamos navegando durante la negra noche que ya se acerca, y que es la hora en que se desatan los más contrarios vientos? Si sobreviene una tormenta ¿cómo podrán nuestros hombres defender el navío contra ella, estando, como están, agotados? Déjanos desembarcar, reposar en tierra, y mañana seguiremos la navegación.

Todos los navegantes se unieron a la súplica de Euriloco. Aunque partiéndosele el corazón, que presentía algún nuevo desastre, Ulises accedió.

—Pues soy yo solo contra todos no me queda más remedio que cumplir vuestro gusto—dijo—. Mas prometedme que por muy hermosas vacas y muy espléndidas ovejas que veáis no caeréis en la tentación de matar animal ninguno y os contentaréis con los manjares que Circe nos dió al partir de su palacio y que aun llevamos a bordo.

Juráronlo así gustosos los navegantes y la nave fué anclada en un pequeño puerto natural. Tras lo cual, los guerreros prepararon la cena y comieron alegremente. Tranquilos ya, hablaron largo rato de los compañeros que les

había arrebatado Escila, el terrible monstruo, y se durmieron llorando su pérdida.

Aquella noche estalló en el mar una tempestad espantosa, y al amanecer soplaban un fortísimo viento. En vista de ello, Ulises y sus hombres condujeron la nave a una cueva, donde quedó resguardada de la tormenta y ellos permanecieron en la bella isla. Un largo mes duró la tormenta, y era tan malo el tiempo, presentábase cada noche y cada mañana tan amenazador el cielo, que los navegantes no se atrevían a hacerse a la mar. Al principio, esta forzosa permanencia en tierra les alegró; las provisiones con que Circe les regalara eran abundantes y duraron todavía largos días. Los navegantes comían, bebían y vivían gozosos sin que ningún peligro les amenazase ni les desvelara ningún cuidado.

Pero transcurrido algún tiempo, las provisiones escasearon, llegaron al fin, a su término, y los navegantes tuvieron que dedicarse a la caza y a la pesca por la isla, para acallar el hambre. Pero ni la pesca ni la caza eran allí abundantes y pronto los navegantes empezaron a padecer hambre sin poder satisfacerla. Uli-

ses dolíase de aquella triste situación y, más fuerte y abnegado que sus compañeros, cuan-
de los veía sufrir se retiraba a lo más profundo
de un bosque y allí invocaba a los dioses para
que remediasen su mal. No podían hacerse a
la mar, pues el viento soplaba más furioso cada
vez.

Un día en que Ulises se hallaba solo en el
interior del bosque, Euriloco convocó a todos
los navegantes y empezó a darles malos con-
sejos.

—Es verdad—les dijo—que hemos sufri-
do males sin cuenta y que ya deberíamos estar
a ellos acostumbrados. Pero yo os digo que
ninguno de los que hemos sufrido ni de los
que puedan quedarnos por sufrir, es tan horri-
ble como este de irnos muriendo lentamente de
hambre. Ello es, además, una tontería, tenien-
do, como tenemos, al alcance de la mano, va-
cas hermosísimas. Sacrifiquemos, si os parece,
las terneras más jóvenes, que cuando estemos
en Itaca tiempo nos quedará de elevar al Sol
magnífico templo y ofrecerle en él nuestros sa-
crificios.

Escucharon atentamente los demás nave-

tes a Euriloco y le aclamaron entusiasmados tras de oír su proposición. Sin perder tiempo, antes de que Ulises pudiera volver y sorprenderles, se apoderaron de algunas vacas, las más hermosas de cuantas por allí pacían, las mataron y, encendiendo una magna hoguera, asaron en ella, a fuego vivo, grandes tajadas de la carne de los animales. Como aún conservaban algún vino del que se habían llevado en el barco, se regalaron a su gusto, comiendo y bebiendo hasta que no pudieron más.

A todo esto, Ulises, en el bosque, se había dejado rendir por el sueño. Sus hombres quedaron, pues, en libertad durante un buen rato para cometer la gran fechoría. Cuando Ulises, al despertarse, se encaminó al bosque, un fuerte olor de carne asada llegó hasta él, haciéndole prorrumpir en una exclamación de horror.

Corrió hacia el lugar donde sus hombres estaban, y aún pudo ver los restos del festín en el suelo y sobre la hoguera. El espanto le paralizaba, permitiéndole apenas amonestar a los culpables. Además, el mal ya estaba hecho y era irreparable.

No tardaron los imprudentes navegantes en

participar del terror de su jefe. Las cosas más extrañas y espantosas acontecieron. Las pieles de los animales muertos serpenteaban por el suelo, y de los trozos cortados y ensartados en los asadores surgían mugidos de dolor, mientras se escuchaban por todas partes lamentos de vacas.

Los navegantes, sin embargo, continuaron alimentándose con la carne de las vacas muertas durante seis días que aún duró su permanencia en la isla. Transcurridos éstos, al llegar el séptimo, el tiempo abonanzó y fué posible a Ulises y a sus hombres poner a flote la nave, abandonando la isla.

Alejáronse de ella lo más rápidamente que les fué posible, y siempre con buen tiempo. Mas, apenas la hubieron perdido de vista, cuando una nube negra como la noche se cernió sobre la nave, mientras las aguas volvieronse también, en torno de ella, obscuras. Y sin dar a los navegantes tiempo de prepararse, desencadenóse la más horrible de las tempestades que jugaba con la nave como con una débil caña. El mástil doblábase casi al empuje del viento. Y al fin, cayó sobre el piloto, destro-



...vió como sus compañeros, hasta el último...



zándole la cabeza y arrojándole al mar, al mismo tiempo que un rayo incendiaba la nave. Tumbóse ésta sobre un costado y todos los hombres que la tripulaban, a excepción de Ulises, cayeron al agua. El héroe esforzado, agarrándose a la borda y hundiendo sus ojos en la profundidad de las aguas, vió como sus compañeros, hasta el último, desaparecían para siempre en el líquido abismo. Quedó sólo Ulises en la nave que, las olas y los vientos combatían aún furiosamente. Pronto quedó el bajel enteramente destrozado por la tempestad.

El prudente y hábil Ulises, sujetó el mástil a la quilla y se dejó empujar por el huracán. Toda la noche llevóle el viento a su loco capricho, hasta que, a la mañana, advirtió el héroe que en vez de avanzar había retrocedido y que de nuevo se hallaba entre Scila y Caribdis. Parecía imposible que el gran remolino de este último no le tragara, mas cuando las miserables maderas a que Ulises se agarraba llegaron al vórtice funesto, el héroe dió un salto formidable y quedó cogido al cabrahigo que crecía en la roca. Cuando Caribdis arrojó de nuevo al mar el trozo de mástil, Ulises se tiró

rápidamente y se abrazó a él, alejándose rápidamente de aquellos lugares. Escila permanecía dentro de su cueva, y el héroe, impulsando la marcha del mástil con ayuda de los pies y de la mano que tenía libre, pudo a un tiempo librarse de los dos peligros fronteros.

Nueve días con sus nueve noches fué Ulises de una parte a otra, a merced de las olas. La fiera lucha contra los elementos amenazaba agotar sus fuerzas. El mástil estaba destrozado y era ya tan sólo un trozo de palo roto y carcomido. Cuando ya Ulises no podía más, cuando ya se abandonaba a la voluntad de los dioses, el trozo de mástil chocó contra la orilla de una isla.

Y he aquí que aquella isla pertenecía a la hermosa diosa Calipso, la de las lindas y doradas trenzas, a quien temían todos los hombres.

VI

ULISES Y CALIPSO

La noche era obscura como boca de lobo y Ulises, rendido a la fatiga, durmió a la orilla misma del mar, durante largo tiempo. Al romper el alba vió que el paraje en que se hallaba era muy bello y frondoso, que, sereno ya el mar, reflejaba un bello tono de violeta y que este mismo color tenían los bosquecillos que cubrían la isla.

Ulises se adentró en ella y andando, andando, llegó hasta una enorme gruta donde, al amor de la llama de una gran hoguera, en la que ardían troncos de cedro y de sándalo, que perfumaban con su aroma el ambiente, se ha-

llaba la diosa Calipso, de las bellas trenzas, temida de todos los hombres. Su vestido brillaba como el sol y la luna juntos ; llevaba un cinturón de oro y con una lanzadera de oro también tejía riquísimas telas. En torno a la cueva crecían altos y copudos árboles en los que tenían sus nidos los buhos, las cornejas y las aves marinas. Cuatro fuentes de agua cristalina murmuraban su canción cerca de la fuente, y, a su entrada, hermosas parras ostentaban negros y dorados racimos.

Calipso, a quien todos los hombres temían, trató al héroe con gran dulzura y bondad ; le cuidó con el mayor cariño y logró que volviera a adquirir las exhaustas fuerzas. Perdido su barco, perdidos sus amigos, Ulises no tenía otro remedio que permanecer allí, donde la diosa le retenía. La isla era muy hermosa y estaba cubierta de verdes prados, donde, en igual profusión que la hierba, crecían las violetas. No obstante, Ulises estaba siempre triste. Todos los días se dirigía a la orilla del mar y miraba melancólicamente las aguas profundas que le separaban de Itaca, su patria, y de su amada esposa y de su hijo. Ca-

lipso observaba con pena aquella tristeza, diciéndole :

—¿Qué te falta aquí? Si te quedas para siempre a mi lado no tendrás que temer a la enfermedad, a la vejez ni a la muerte.

Pero Ulises respondía :

—Mas quisiera ver, aunque sólo fuera de lejos, las playas de mi patria, y luego morir, que no vivir eternamente joven en esta isla florida, lejana de Itaca.

Y así transcurrieron ocho largos años. Neptuno, el Dios del mar, castigaba al héroe en su más ferviente deseo, que era volver a su patria. Castigábale por el delito de haber dejado ciego al ciclope Polifemo, hijo predilecto del dios del mar. Mas he aquí que Minerva, diosa de la sabiduría, se sintió conmovida al ver a Ulises día tras día sentado a la orilla del mar, mirando las olas, bañado en lágrimas y lanzando tristes lamentos. Se sintió conmovida y decidió socorrerle.

Movió a ello también a la diosa Minerva el conocimiento de las muchas penas que en Itaca afligían a Penélope y a Telémaco, la mujer y el hijo de Ulises. Aprovechando,

pues, la circunstancia de que Neptuno se hallaba en una isla distante de la de Calipso, Minerva acudió a los dioses, con clara palabra les relató las tristes aventuras de Ulises, así como su ferviente deseo de volver a ver las playas de su amada patria y les rogó que se apiadaran de él.

Y los dioses, oyendo la palabra convincente de la diosa Minerva, se apiadaron del héroe y llamaron a Mercurio, el de los pies ligeros, su ágil mensajero. Calzóse Mercurio las doradas sandalias que le hacían incansable y que veloz, velozmente, lo llevaban sobre la tierra y sobre el mar. Tomó también consigo el caduceo del que se servía para adormecer a los hombres. Y a través de la atmósfera, igual que el ave marina, que sumergiendo sus alas en las olas, persigue a los peces debajo del agua, Mercurio se dirigió a la isla de Calipso. Atravesó los campos de violetas que circundaban la gruta de la diosa y no vió allí a Ulises. Vió, sí, a Calipso, que dentro de la gruta tejía, con su lanzadera de oro, mientras entonaba una dulce canción.

En tanto, Ulises, a la orilla del mar, derra-

maba amargas lágrimas que humedecían la arena, mientras fijaba sus melancólicos ojos en el horizonte que le ocultaba las playas amadas.

La diosa, viendo a Mercurio, le ofreció los más ricos manjares y las más delicadas bebidas. El dios de los pies ligeros comió y bebió, y tras ello, dió cuenta a Calipso del deseo de los dioses de que permitiera a Ulises el regreso a su patria. Calipso le escuchó entristecida y contestó con amargura :

—Cruellos son los dioses conmigo. Celosos son también. Cuando el héroe luchaba con las olas, cogido al destrozado y frágil mástil de su nave, yo fuí quien le salvó haciéndole llegar hasta aquí. Yo curé sus heridas, yo le dí franca y benévola hospitalidad... Y he aquí que ahora los dioses quieren quitarme al héroe. Aunque yo me someta a su designio, ¿cómo podré enviar a Ulises a su país? No poseo embarcación alguna ni hay en la isla hombres que puedan acompañarle en su viaje.

Pero Mercurio insistió, diciendo con voz amenazadora :

—Si no envías al héroe a su patria, los dioses, irritados, te castigarán de modo espantoso.

Y dichas estas palabras, el dios de los pies ligeros se alejó, atravesando los verdes campos con la misma suavidad y presteza con que hasta allí había llegado, sin tocar con los alados pies los campos de violetas.

En tanto Calipso, tristecida, iba en busca de Ulises. Le halló en la playa, contemplando siempre el horizonte y derramando lágrimas amargas.

—¿Por qué así lloras, desgraciado Ulises? —le dijo.— Alégrate, que voy a disponer que regreses a tu país. Levántate ligero y busca troncos para construir una balsa. Yo te daré agua y provisiones para que las lleves en ella. Te daré también ropas para el viaje, y haré que un viento favorable te conduzca sano y salvo a tu país. Bien a mi pesar me separo de ti, pero ello es voluntad de los dioses más poderosos que yo.

Ulises, sabedor de que en aquellos ocho años la diosa no le había consentido sepa-

rarse de ella, desconfió de sus palabras y dijo :

—Temo que me engañes, Calipso. No me aventuraré sobre una débil balsa, sobre el vasto y traicionero mar, si no me juras que con tus palabras no intentas mi perdición.

Sonrió Calipso dulcemente y apoyó una mano sobre el hombro del héroe, diciendo :

—Deseo para ti tanto bien como para mí misma quisiera. Mi corazón no es de bronce como los hombres creen, sino tan tierno y sensible como el tuyo. Te juro por el agua de la laguna Estigia, que he de ayudarte hasta que llegues a Itaca y te encuentres entre los tuyos.

Y conduciéndole a un punto de la isla por él desconocido en el que crecían muchísimos árboles, —chopos, abetos, álamos—, le dió una fuerte hacha de dos filos con mango de madera de olivo.

—He aquí lo que necesitas para comenzar tu tarea. Después te traeré más herramientas y una pieza de tela de la más fuerte para hacer las velas.

Ulises, de nuevo inundado su corazón de

viva alegría, comenzó su trabajo. Derribando los altos árboles, cantaba como en los tiempos de su juventud. Pronto su fuerte hacha de bronce hubo derribado veinte árboles enormes que él desbastó, allanándolos luego por uno de sus lados. Tras esto, con las otras herramientas que la diosa le diera y la pieza de fortísima tela, tejida por la misma mano de Calipso, tras cuatro días de constante trabajo, tuvo Ulises su balsa concluída.

Y se botó a la mar la primitiva embarcación. Al otro día, apenas despuntó la aurora, la diosa dió al héroe algunos vestidos y aprovisionó la balsa de agua y de vino y de los manjares que a Ulises le eran más gratos. Se despidió luego del héroe la diosa y le indicó las estrellas por las cuales debía guiarse para hacer con toda felicidad su viaje. Después hizo que soplará un viento favorable. Transportado de la más viva alegría, Ulises emprendía, al fin, el feliz regreso hacia su patria.

Siempre siguiendo los consejos de Calipso, navegó Ulises con bonanza durante dieciocho largos días. Al cabo de ellos, vislumbró en

el horizonte las costas de la bella isla, que se-mejaba un escudo flotante que brillara sobre las verdes aguas. Era aquel el país de los feacios, famosísimos marinos, célebres en todo el mundo.

A todo esto, Neptuno, que durante aquel tiempo había permanecido en apartadísimas regiones, volvía, deseoso de gozarse nuevamente en el dolor del héroe por él castigado. Al llegar a la isla de Calipso y ver que Ulises ya no se hallaba allí, al saber que navegaba con buen rumbo en dirección a la hospitalaria tierra de los feacios, el dios del mar, comprendiendo que los otros dioses se habían apiadado de su enemigo, tembló de violenta cólera.

—¡Ah! —exclamó—. No han terminado todavía tus penas ni tus sufrimientos, Ulises. Pronto volverán unos y otros a ti de nuevo.

E, inmediatamente, reunió numerosas y negras nubes; las juntó formando con ellas una tempestad violenta, levantó una espesísima niebla que ocultaba el mar, la tierra y el cielo, e hizo que se desencadenara un huracán furioso. Las olas se alzaron formando tremendas

cataratas ; la noche cubrió tierra y mar con su negro manto ; los vientos empezaron a luchar entre sí, haciendo su juguete de la frágil y primitiva embarcación en que Ulises navegaba.

Nuevamente Ulises, tras mucho pelear contra la borrasca, sintió que su valor desfallecía.

—¡Mejor me hubiera sido morir gloriosamente ante los muros de la ciudad de Troya —exclamó—, antes de sufrir tantos años sin arribar nunca a la playa deseada ! Allí, al menos, se me hubiera enterrado como a un valeroso guerrero, mientras que aquí he de morir obscuramente, devorado por las negras aguas !

Apenas dijo estas palabras, una ola formidable envolvió la balsa, destrozó el mástil, arrancó el timón de las manos de Ulises, y arrojó al héroe al mar.

VII

MINERVA, PROTECTORA

Las furiosas olas jugueteaban con la balsa como el viento con el pétalo de una flor arrancada de su tallo. Las vestiduras de Ulises, empapadas en el agua salobre, pesaban, pesaban, arrastrando al héroe hacia el fondo. Tenía Ulises la boca llena de agua salada, y durante largo rato luchó por salir de nuevo a la superficie.

Era fuerte Ulises, aún contra los elementos desencadenados, y logró, al fin, ponerse a flote. Su primera mirada fué para buscar la balsa que danzaba cerca de él a merced de las olas. Haciendo un soberano esfuerzo, logró el héroe agarrarse a ella y encaramarse sobre los destro-

zados troncos que la formaban. Los vientos siguieron jugueteando con la embarcación. El viento sur la empujaba al norte y allí la cogía el viento del este y la echaba al sudoeste. El dios del mar, el vengativo Neptuno, no perdonaba a su enemigo tortura ni dolor. El pobre Ulises, así maltratado por todos los elementos contra él desencadenados, no podía más.

Y he aquí que una hermosa ninfa que vagaba por aquellos mares, se apiadó del héroe al verle sufrir de aquel modo. Levantando el vuelo sobre las aguas, como una ligera gaviota, se posó sobre la balsa y dijo al héroe :

—Mucho te atormenta el dios del mar, mas su poder no llega hasta hacerte morir. Sigue mi consejo y te salvarás. Cíñete mi velo a la cintura, despójate de tus ropas mojadas, déja que la balsa sea arrastrada a la deriva, y arrójate tú al mar. Nada hacia tierra, y cuando llegues a tocarla, arroja el velo al mar, que él solo, por sí mismo, vendrá a encontrarme donde yo me halle.

Y le dió el velo, tras lo cual se hundió en las aguas, que se cerraron tras ella sin dejar

otro rastro de su presencia allí que el tenue velo transparente.

Ulises temía las asechanzas del dios del mar, y desconfiaba ya de la bondad de los otros dioses. Creyó que acaso la protección de la ninfa no fuera otra cosa que un lazo tendido para, de una vez, perderle. No siguió, pues, el prudente consejo ; no se desnudó ni se arrojó de la balsa al agua, antes decidió quedarse en ella mientras los troncos permaneciesen unidos.

Pero el dios del mar no cesaba en su cruel persecución. En aquel momento envió contra la balsa una onda tan formidable, que su choque destruyó la primitiva embarcación. Los troncos se desunieron, comenzando a flotar, dispersos. Ulises pudo asir uno de ellos, poniéndose a horcajadas encima de él, como sobre un caballo. Y en el último extremo de la desesperación, decidió seguir el consejo de la ninfa. Se despojó de sus ropas mojadas y se ató a la cintura el transparente velo. Tras esto, dejó el tronco en que iba montado y se arrojó entre la furia de las olas, nadando vigorosamente y sin tregua,

Viéndole luchar con tan escasa defensa contra su gran poder, Neptuno, el dios de los mares, reía, reía, burlón. ¿Quién iba a prestar su ayuda a aquel mísero sátiro errante a través del ancho mar? El dios de los mares, el renegocioso Neptuno soltó las riendas de sus caballos marinos, que corrieron veloces, agitando sus crines al viento, y, riendo todavía, se refugió en su palacio submarino.

Y Ulises nadaba, nadaba por el ancho mar, valientemente. Y así pasó dos largos días y dos interminables noches. Minerva, la diosa de la sabiduría, le contemplaba desde la altura con sus verdes ojos, adolorida por sus sufrimientos. Ella fué quien logró que cesaran de soplar contra el héroe todos los vientos, excepto el del norte.

—Sopla, sopla a tu antojo, fuerte viento del norte—dijo la diosa de la sabiduría—; sopla barriendo el camino de Ulises hasta que el héroe griego toque con sus pies las playas de la tierra de los feacios.

•Y el viento norte sopló, como la diosa le ordenaba, llevando a Ulises hacia la tierra de los feacios, tierra de navegantes. El hé-

roe nadaba vigorosamente. Tres días con sus noches avanzó así, errando a nado por el ancho mar, y al apuntar el tercero, el mar se calmó súbitamente, y el héroe divisó tierra cercana. Era la isla de los feacios, a cuya vista el corazón de Ulises latió con fuerza y sus brazos voltearon las aguas con redoblada energía.

Se hallaba ya cerca, muy cerca de tierra. Divisábase perfectamente los árboles de los bosques que cubrían la isla, cuando le asustó un ruido formidable. Era producido por las olas al chocar contra las rocas, levantando montañas de espuma, pues en la isla no había puerto ni bahía, sino que estaba toda rodeada de magnos arrecifes.

—Veo la tierra, al fin—pensó Ulises—pero ello es lo más doloroso de cuanto hasta aquí ha acontecido, ya que no pasaré de estos lugares con vida ni jamás pisaré esas playas prometedoras. Si intento acercarme a ellas, las olas me arrojarán, furiosas, contra las rocas, destrozándome. Si doy la vuelta a la isla, buscando una entrada menos peligrosa, los encontrados vientos me alejarán nueva-

mente de tierra... ¡ sí es que el implacable dios del mar no envía un monstruo que me devore !

Vacilaba así Ulises, cuando una ola formidable lo arrastró hasta el sitio donde era más feroz la arremetida de las aguas contra la roca. Prodigiosamente, Minerva, le inspiró una idea feliz ; de no ser así el héroe hubiera perecido allí, irremisiblemente. Entre el intervalo de una y otra ola, Ulises nadó rápidamente hacia la roca y se agarró a ella, esperando el choque del agua. Llegó la ola, furiosa, descargando su empuje sobre él. Pero al retirarse lo arrastró de nuevo, casi moribundo y con las manos desgarradas por el roce de la áspera roca. Bajo el agua permaneció Ulises un momento, inclinado casi a dejarse allí morir. Mas, Minerva le protegía, y le inspiró otra feliz idea.

Nadando siempre, rodeó Ulises, siguiendo la inspiración de la diosa de los verdes ojos, la línea de los arrecifes, en busca de un lugar más propicio para tomar tierra. Mas he aquí que, cuando creía haber hallado adecuado lugar, se encontró con la desembocadura de



...volviéndose a hundir en el mar.

un río, que penetraba resuelto en el mar altivo. Ulises, afligido, suplicó en alta voz al río que quisiera apiadarse de él. Y el río, benévolamente, ordenó a sus aguas que corrieran con gran suavidad, sosteniendo al náufrago en su líquida corriente hasta llevarlo a tierra.

Ulises no podía más. Sus fuerzas estaban agotadas, exhaustas. Moribundo casi, después de las duras pruebas pasadas, después, sobre todo, de la última rude lucha sostenida contra los elementos, tocó la playa sin poder apenas sostenerse en pie. No obstante, hizo un soberano esfuerzo para acercarse a la orilla rocosa, desprenderse del velo de la ninfa, que llevaba atado a la cintura, y arrojarlo sobre las hirvientes aguas.

Deslizóse ligero, ligero, el velo sobre la corriente; se adentró en el mar... Las aguas se abrieron para dar paso a la ninfa, que surgió de entre ellas, y recogió su velo, tras lo cual volvióse a hundir en el mar.

Ulises, en tanto, derramando lágrimas de agradecimiento, besaba la tierra, entre las cañas de la orilla del río. Subió después, casi

repuesto por la alegría, hasta lo alto de una pequeña colina y llegó a un bosque, al pie de dos olivos que juntaban su follaje, tan espeso, que ni el sol ni la lluvia lo hubieran podido atravesar. Se hizo con las hojas secas que halló en torno una mullida cama y se echó en ella a dormir.

Minerva, protectora del héroe errante por tierras y mares, ordenó al sueño que fuese a cerrar sus párpados y que le inspirara sueños tan gratos y dulces que le compensaran de todas las fatigas y penalidades pasadas.

VIII

NAUSICA

El rey de los feacios tenía una hija, tan linda y graciosa, tan bondadosa y amable con todos, que cuantos la veían la adoraban. Se llamaba Nausica, era casi una niña y era la única hija de sus padres.

La diosa Minerva, protectora del héroe prudente, quiso poner la suerte de Ulises en las delicadas y suaves manos de tan pura doncella. Por ello se encaminó a palacio, penetró en la estancia en que dormía la princesita y le habló así en sueños :

—Ya es tiempo de que vayas a lavar tu ropa al río, Nausica, pues pronto te has de casar. Pide a tu padre mañana por la mañana

que te dé un carro y algunas mulas para llevar toda la ropa que debe lavarse desde la ciudad a la orilla del río.

Al llegar la mañana, la linda Nausica, recordando su sueño, corrió en busca del rey, su padre. Disponíase el monarca a asistir al consejo, y la reina estaba hilando lana teñida con púrpura marina. Y dijo Nausica al monarca :

—Quisiera, padre mío, que me diérais un carro de fuertes ruedas para llevar a lavar mi ropa al río. También lavaría la tuya y la de mi madre y de mis hermanos.

Ruborosa, la joven no se atrevía a decir lo que la diosa le había comunicado durante su sueño acerca de su casamiento. El rey le contestó con el cariño que siempre empleaba para hablar a su hija :

—No eso, sino todo lo que me pidas he de concederte, hija mía. Ordena en mi nombre, pues, que nuestros esclavos preparen el carro y cuanto necesites para ir lavar con tus amigas y esclavas.

Se preparó un carro de los mejores que poseía el rey y se unieron varias mulas a su yugo.

Se colocó en el carro la ropa, y también una cesta bien cargada de ricas provisiones, que preparó con el mayor cuidado la reina madre. Nausica, seguida de las otras doncellas, sus amigas y sus esclavas, subió al carro, empuñó las riendas e hizo que las mulas partieran al trote.

Llegó el carro a orillas del río. Alegremente, las jóvenes desuncieron las mulas y las dejaron sueltas para que pacieran a su gusto. Reían y cantaban las muchachas, felices ante la perspectiva de aquel día de libertad y alborozo. Y así, cantando y riendo, empezaron a lavar, como en un juego, la ropa que habían llevado, y cuando toda estuvo lavada la tendieron al sol para que se secara. Entonces se bañaron, y después de vestirse se dispusieron a comer, con el mismo contento.

¡Qué dichosas eran! ¡Qué alegres estaban! Cuando las provisiones preparadas por la reina saciaron su apetito, como vieran que la ropa no estaba todavía seca, se pusieron a jugar a la pelota. La princesa Nausica era no sólo la más bella, sino también la más hábil en todos los juegos. Al tiempo que arrojaba la

pelota certeramente, cantaba con su voz dulcísima. Y así pasaron las doncellas largas horas en tan gozosos e inocentes juegos. La dorada pelota corría de mano en mano y la habilidad de las más diestras en lanzarla y cogerla era aclamada con gritos de admiración y de júbilo.

Cuando fué tiempo de que la ropa estuviera seca, Nausica tiró la pelota a una de sus esclavas, y, abandonando el juego, echó a correr hacia el lugar donde estaba tendida. Mas la esclava, distraída o torpe, no alcanzó la pelota, que fué a parar al río, derivando enseguida arrastrada por la corriente, en dirección al mar. Al advertirlo las doncellas lanzaron un grito agudísimo...

Con él despertaron a Ulises, que allí cerca dormía, casi enterrado entre las hojas y oculto a las miradas por el follaje de los espesos árboles que de dosel le servían.

Al oír el grito de las jóvenes, el héroe se dijo :

—He ahí el grito de jóvenes doncellas que juegan. No debo estar lejos del poblado.

Y sintió el deseo de ir a ver donde se ha-

llaba. No le cubría ropa alguna, pues que sus destrozados vestidos los había arrojado al mar al ceñirse a la cintura el velo de la ninfa. Para poder presentarse ante las gentes, cortó ramas de los árboles y con ellas se cubrió en parte el cuerpo. Así, medio cubierto de arena y de algas marinas, llevando por todo vestido las hojas de los árboles, Ulises se encaminó hacia el lugar donde había escuchado el grito de las jóvenes.

Como su aspecto era el de un primitivo hombre de los bosques, las muchachas, que se creían allí solas, apenas le vieron avanzar, echaron a correr, asustadas, en todas direcciones. Unas se ocultaron detrás de las rocas, y otras fueron a parar a las dunas.

Solo Nausica fué valiente, como correspondía a una doncella de regia estirpe, y aguardó a pie quieto a que el náufrago se acercara.

No mostró temor alguno y, de haberlo sentido, se hubiera disipado al oír las bondadosas frases del extranjero. Ulises dijo a la hermosa doncella quién era, le relató sus raras aventuras, y le rogó que le indicara el camino de la ciudad, después de darle algún vestido.

—No he visto jamás doncella de tan perfecta hermosura como tú—concluyó el héroe—; ten piedad de mí y que los dioses te favorezcan.

Y contestó Nausica :

—Con mucho placer te daré vestidos y te mostraré el camino de la ciudad, extranjero, pues me pareces hombre bueno. Este es el país de los feacios, de quienes mi padre es el rey.

Y después llamó a sus doncellas.

—¿Por qué huís atemorizadas?—les dijo—. El hombre a quien teméis no es ningún enemigo y sí sólo un pobre naufrago. Acercaos sin miedo, dadle de comer y beber e id a buscarle vestidos.

Las esclavas y las amigas de la princesa salieron de sus escondrijos y cumpliendo las órdenes de la princesa corrieron a buscar, entre la ropa que llevaban en el carro, un vestido de uno de los príncipes. De veras agradecido lo tomó Ulises, se encaminó al río, donde se lavó muy bien todo el cuerpo, y vistiéndose el rico traje, volvió, ya bien ataviado, adonde estaban las doncellas. Y parecía ahora tan

apuesto y tan bello que Nausica dijo a sus doncellas :

—Ved el extranjero de quien hace unos momentos huíais. Presentábase entonces ante nosotras como un miserable y ahora parece un dios. Si un día llego a tener un esposo me gustaría que se pareciera a él.

Las doncellas corrieron hacia el naufrago y le ofrendaron los restos de los manjares preparados por la reina. Le dieron también a beber de un vino exquisito. Y el héroe comió y bebió ávidamente, pues hacía largos días que no había probado bocado y se sentía ya desfallecer. Cuando Ulises terminó su comida, las doncellas cargaron la ropa, ya seca, en el carro, uncieron las mulas, y Nausica subió a él, disponiéndose a guiar. Antes de partir, habló así a Ulises :

—Yo guiaré ahora el camino. Mis esclavas y tú podéis venir detrás. Pero sólo iréis juntos mientras atravesemos los campos. Una vez divisemos las altas murallas y torres de la ciudad, debes separarte de nosotras, extranjero, y quedarte atrás. De otro modo, los marineros del puerto, que son muy burlones,

dirían al vernos : «¿Habrá ido Nausica a buscar un marido naufrago y extranjero, siendo tantos los nobles feacios que quieren casarse con ella? ¿O es acaso un dios el que la acompaña?» Para que no murmuren ni de mí ni de ti, creo que lo mejor será que en vez de entrar con nosotras en la ciudad, te sientes a su entrada, y cuando te parezca que ha transcurrido el tiempo necesario para que hayamos ya llegado a palacio, te dirijas a él, pues cualquiera a quien en la ciudad preguntes te indicará hacia donde debes encaminarte. Entrarás, pues, en el palacio de mi padre, y cruzarás rápidamente los patios exteriores hasta llegar a una estancia en la que hallarás a mi madre hilando purpúrea lana a la lumbré del hogar, con la cabeza apoyada en el respaldo de su silla, mientras nuestras esclavas la rodean. A ella debes dirigirte ante todo : delante de ella debes doblar primero la rodilla. Si ella te acoge con bondad, lo que es casi seguro, mi padre te proporcionará los medios de volver a tu país. Porque el trono de mi padre está en la misma estancia, pero no ante él, sino ante ella te debes arrodillar.

Y terminando de decir estas palabras, Nausica hostigó a las mulas y su carro se alejó rápidamente de aquellos lugares. Ulises y las esclavas la siguieron. Pronto quedaron atrás, muy atrás, el argentado río, los verdes cañaverales, que el viento agitaba y acariciaba, y el furibundo y ancho mar.

IX

ULISES ENTRE LOS FEACIOS

Mientras el héroe permanecía un buen rato ante los muros de la ciudad feacia, aguardando a que la princesa llegara a su palacio, la hermosa Nausicaa penetraba en su regio aposento. Sus hermanos, que la adoraban, quisieron con sus manos descargar la ropa y desuncir las mulas. En tanto, el aya de la princesa encendía el fuégo y preparaba la cena.

Pasó una hora larga y Ulises creyó que ya era tiempo de entrar en la ciudad de altas murallas. Y admiró Ulises el hermoso puerto, en el que se hallaban ancladas numerosas naves. Llegó ante los muros mismos de palacio y quedó maravillado al ver que eran de bronce

pulimentado, por lo que la luz del sol reflejaba de modo deslumbrante en ellos. Las puertas eran de oro macizo, con las jambas de plata ; los llamadores de oro, y de bronce los umbrales.

Atravesó Ulises, maravillado, por entre aquellas riquezas y llegó al vestíbulo, en el que se veían numerosas estatuas de oro macizo, representando animales y hombres que sostenían hachas encendidas. Al fondo del vestíbulo, verdeaba un frondoso jardín en el que multitud de árboles frutales daban el regalo de sus frutos durante todo el año.

Admiró Ulises tanto esplendor sin detenerse. De prisa, de prisa, cruzó las estancias hasta llegar a una en la que halló, en efecto, a la reina hilando purpúrea lana, rodeada de sus doncellas. En medio del asombro de los presentes, Ulises llegó ante ella e hincó en tierra una rodilla. Y habló así, dirigiéndose a la soberana :

—He llegado hasta aquí ¡oh, reina ! a través de los mayores peligros que jamás hayan rodeado a hombre alguno. He sufrido mucho

lejos de mi patria y de tu piedad aguardo los medios para volver a ella.

Y, esto dicho, el héroe se levantó y fué a sentarse en un rincón, cerca del fuego. Por unos momentos todos los que allí estaban permanecieron callados.

Y he aquí que el rey, a indicación de uno de sus cortesanos, dijo al extranjero :

—No está bien que permanezcas sentado junto al fuego, en un rincón. Toma asiento en la silla de mi hijo, la de bellas aplicaciones de plata, y mis criados te traerán ricos manjares y exquisitos vinos.

En seguida, los criados del rey de los feacios trajeron al naufrago, en palanganas de luciente oro puro, agua en que lavarse las manos. Y se preparó una gran comida, compuesta de los más delicados manjares, y en la que, por mejor honrar al huésped del rey, tomaron parte todos los allí presentes.

Fué una hermosa fiesta, en la que Ulises, después de tantas y tan duras pruebas, halló de nuevo el regalo de la compañía y de la cordialidad de los hombres. Fué una gran fiesta, que terminó a altas horas de la noche,

y en la que el héroe, a petición de los presentes, narró su rara historia y los numerosos trabajos en su viaje padecidos, aunque no dijo quién era. Y el rey prometió a Ulises que le proporcionaría los medios de volver prestamente a su país.

Cuando terminaron el banquete y la fiesta, y Ulises quedó solo con los reyes, la reina le preguntó :

—Ese vestido que llevas lo he hecho yo con mis manos : ¿quién te lo ha dado, extranjero?

Entonces Ulises refirió a los reyes su encuentro con Nausica, la princesa. El rey pareció enojarse :

—Ha obrado mal nuestra hija no trayéndote con ella a palacio para honrarte desde el primer momento—dijo.

Mas el héroe explicó al monarca las razones que la joven había tenido para hacerlo así.

—La princesa Nausica—añadió—es la doncella más hermosa, más buena y más valiente de cuantas existen.

Las esclavas prepararon a Ulises un lecho mullido y cubierto de púrpura ; un verdade-

ro lecho de rey. Y el naufrago que tan rudos trabajos había pasado, dichoso al no sentir ya sus ropas empapadas en las salobres aguas ; al no ser zarandeado de un lado para otro por las furiosas olas ; al no escuchar ya el impidente rugido de las olas, se durmió dulce, muy dulce y muy profundamente. Se hallaba en un hermosísimo palacio, todo de oro y de bronce, se daban fiestas y banquetes en su honor, los reyes le trataban bondadosamente y, cerca de él se encontraba Nausica, la más bella y la más dulce y bondadosa de todas las princesas. Además, con la ayuda del rey de los feacios, era seguro que pronto, muy pronto, pisaría de nuevo las playas de su adorada patria.

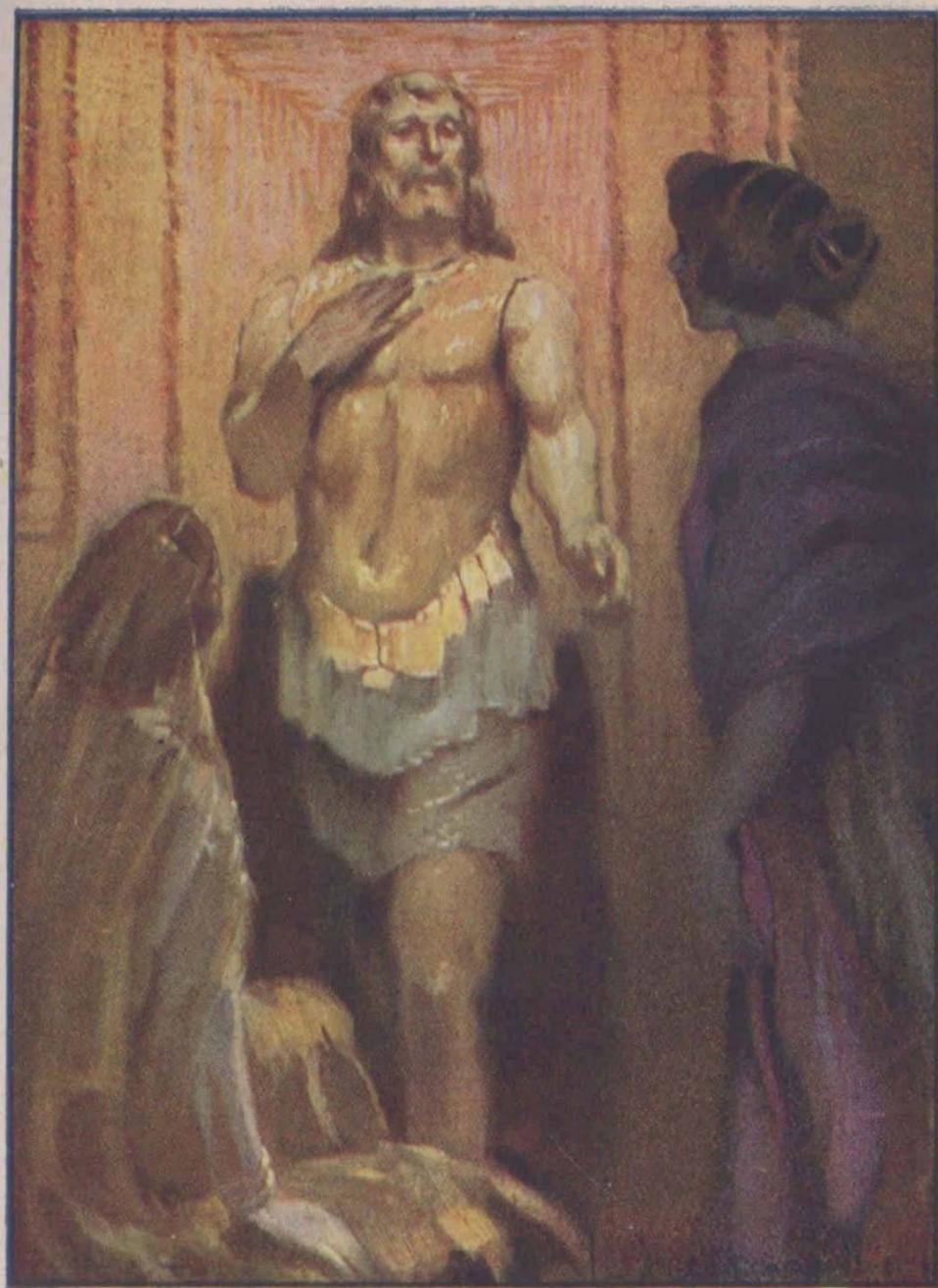
No obstante, el rey suplicó a Ulises que no dejara la ciudad tan pronto. En honor al extranjero se celebraron unos juegos magníficos, en los que hubo lucha, salto, carrera y lanzamiento de disco. En ellos se distinguieron notablemente los príncipes, hermanos de Nausica, sobresaliendo entre todos ; mas, cuando, por deferencia al extranjero, le rogaron que lanzara el disco a su vez, Ulises dejó a todos

maravillados, arrojando un disco mayor a muchísima más distancia. Por la noche se celebró, también en honor del forastero, una magnífica fiesta a la que asistió toda la corte, y en donde los rapsodas del rey entonaban canciones bellísimas. Pero las más bellas de todas, las que más entusiasmaron a los concurrentes fueron aquellas en que se relataba el sitio de Troya y las hazañas del prudente Ulises. Al oír esto el héroe no pudo contener por más tiempo las lágrimas que le ahogaban y que se deslizaron, silenciosas, por sus mejillas. Sólo el rey le observó, lo que le movió a preguntar la causa.

Contestó el héroe :

—Es que yo soy el propio Ulises, de quien hablan esas canciones y las hazañas que ensalzan tus rapsodas no son sino las mías.

Al oír estas palabras, el rey le prestó acatamiento y lo mismo todos los que allí estaban. El monarca regaló al héroe una magnífica espada con puño de plata, y la reina, los príncipes y los cortesanos le hicieron también presentes magníficos. Nausicaa contemplaba ahora al héroe vestido de púrpura y ro-



—Es que yo soy el propio Ulises...

deado de toda majestad y grandeza, y pensaba que jamás, en toda su vida, había visto un héroe tan valiente y tan fuerte.

Al llegar la noche, como el extranjero debiera partir a la mañana siguiente, la dulce Nausica se acercó a él, diciéndole:

—Adiós, extranjero. Adivino que ya no volveré a verte. Cuando estés en tu amada patria piensa alguna vez en la princesa Nausica.

Y Ulises contestó:

—En todos los días de mi existencia te recordaré, hermosa Nausica, pues que tú eres quien me ha dado la vida.

Al día siguiente, el rey de los feacios fletó un magnífico buque, el cual, entre un nutrido acompañamiento, debía llevar a Ulises a su país.

Y se hizo el barco a la mar, con rumbo al soñado país de Itaca. Los feacios que acompañaban a Ulises tendieron sobre cubierta una alfombra, en la que se echó el héroe. Y cuando los remos agitaron las verdes ondas, el navegante se quedó dormido.

Volaba, más que corría la nave, deslizán-

dose por el ancho mar. Los marineros eran hábiles y el tiempo propicio. Una fresca brisa refrescaba las siene del héroe. Y así, navegando rápida, rápidamente, al amanecer del día siguiente al de aquel en saliera Ulises de entre los feacios, llegó, al fin, el bajel a Itaca. Mientras Ulises dormía, los marineros desembarcaron y cogiendo con gran delicadeza al héroe, lo llevaron hasta debajo de unos árboles, donde lo dejaron envuelto en el tapiz de púrpura. A su lado pusieron los tesoros que el rey de los feacios le había dado. Tras esto volvieron a embarcarse y emprendieron el regreso hacia su país.

Y en tanto, Ulises, fatigado, seguía durmiendo. Minerva lo rodeó de espesísima niebla que daba a los árboles, al cielo y al camino un rarísimo aspecto. Cuando Ulises despertó no reconoció el lugar en que se hallaba.

—¡Ay de mí! —exclamó—. Los feacios me han engañado y en vez de llevarme hasta Itaca, como me prometieron, me han dejado en una tierra extraña, donde sin duda, vendrán a robarme.

Y he aquí que entonces se le apareció la

diosa Minerva, que con sus bondadosos ojos grises miró a Ulises dulcemente. Bajo los espesos olivos cuyo follaje protegía a Ulises, se sentó la diosa, y lenta, muy lentamente, refirió al héroe cuanto en Itaca había sucedido desde que él partiera hacia Troya.

X

LA TELA DE PENÉLOPE

Largos fueron los años que Ulises combatió ante los muros de Troya. Largos también los que transcurrieron antes de que el héroe alcanzase a ver de nuevo las playas de su patria. En tanto, en Itaca, el pequeño Telémaco iba haciéndose hombre.

Recordaba siempre el niño a su padre, el héroe, de un modo vago, impreciso, y deseaba vivamente que volviera de nuevo. Amaba tiernamente a su madre y por ella, más que por nada, deseaba el regreso del héroe.

Sucedía que, como Ulises tardaba tantos y tan largos años en volver, y el reino era muy rico y la reina era muy hermosa, los nobles

de la corte ambicionaban que Penélope quisiera casarse con alguno de ellos. Eran malos y codiciosos, y lo que pretendían era posesionarse de los bienes y las tierras del rey desaparecido. Juzgaban que Ulises habría muerto, y que, pues Telémaco era sólo un niño, no encontrarían obstáculos en su camino. Y los nobles fueron a instalarse en el palacio de Penélope y de Telémaco y permanecieron allí largo tiempo comiendo y bebiendo y disfrutando de las riquezas de Ulises. Era inútil que la reina quisiera resistirse a aquella situación que tanto la enojaba pues cada uno de ellos le preguntaba :

—¿Por qué no te casas conmigo?

La reina no sabía cómo desentenderse de ellos, pues, además de que no olvidaba ni un momento a Ulises, y confiaba siempre en su regreso, odiaba a aquellos hombres codiciosos y autoritarios. Al fin, cada vez instada con más apremio por ellos para que se decidiera por uno o por otro, y cada vez más afligida y resuelta a aguardar a que Ulises volviera, imaginó un plan para aplazar su respuesta a los nobles indefinidamente. En

la sala más hermosa de palacio instaló Penélope un telar y en él comenzó a tejer con grande afán una hermosísima tela. Y apenas la hubo comenzado, instada de nuevo por los pretendientes, les contestó :

—No puedo daros mi respuesta hasta que no acabe de tejer esta tela.

Y, por mejor disimular, trabajaba todo el día en su tarea, afanosamente, más, al llegar la noche, cuando los pretendientes estaban dormidos, deshacía lo que durante el día había hecho. Así la labor no avanzaba ni un punto, no se acababa nunca y, con su término, se aplazaba la boda de la reina indefinidamente. Mas la vida de Penélope, lejos de su esposo y acosada siempre por los codiciosos pretendientes, era muy triste. La reina de Itaca y Telémaco, su tierno hijo, lloraban con frecuencia juntos.

Y he aquí que cierto día, mientras los pretendientes comían y bebían alegremente, como si fueran ellos los dueños del palacio y del reino, Telémaco estaba tristemente apoyado en la puerta, pensando con nostalgia en el padre ausente, y de pronto vió llegar un extranjero her-

mosísimo, ataviado con traje guerrero, todo de oro y plata. No era otro el recién llegado que la mismísima diosa Minerva, que, habiendo obtenido de los dioses permiso para libertar a Ulises, lo había logrado también para ir a Itaca en ayuda del joven Telémaco.

Al ver al hermoso desconocido—esto es, a Minerva, oculta bajo el traje de guerrero—. Telémaco se adelantó a recibirla, le despojó cortésmente de la lanza de bronce y de la espada, y le ofreció asiento en una de las más hermosas sillas, lejos del estrépito que los nobles hacían en su alborozado banquete.

—Bienvenido seas a mi casa, extranjero— dijo el joven—. Come y bebe a tu placer, y dime después en qué puedo servirte.

En vajilla de plata y oro hizo Telémaco que se sirvieran escogidos manjares y deliciosos vinos al desconocido. En tanto, los pretendientes de la reina alborotaban, jugando y riendo, después del banquete, en la estancia contigua.

Telémaco les contemplaba con ira, y al fin, dijo a Minerva :

—Esos hombres creen que mi padre ha

muerto y que sus huesos están desde hace tiempo cubiertos por el agua salada de los mares. Y por ello viven y comen y beben de lo que sólo a mi padre pertenece... ¡Cómo huirían los muy cobardes, si mi padre estuviese vivo y se presentara, de pronto, en palacio! Dime tú, extranjero, que tal vez vienes de lejanas tierras, después de recorrer variados países: ¿Has visto alguna vez a mi padre? ¿Sabes acaso si ha muerto, o si aun vive?

La diosa Minerva miró bondadosamente con sus ojos grises al joven Telémaco, y le contestó con dulzura:

—Tu padre vive aún, hermoso joven. Yo lo he visto y sé que se parece mucho a ti en la figura y en los ojos. Ahora se halla en una isla lejana, pero no tardará en volver a su patria.

Muy contento Telémaco al oír la feliz noticia, y animado por la bondad que le mostraba el extranjero, le contó cuanto les sucedía a él y a su madre, así como los males de que era causa la codicia y desfachatez de los cortesanos,

La diosa le escuchó con cariño y le dió consejos prudentes.

—Es preciso que te portes como tu mismo padre se hubiera portado en tu caso. Mañana, en el Consejo, anuncia a los nobles tu resolución de que abandonen esta casa. Después... Sé valiente y las generaciones futuras alabarán tu nombre.

Y, esto diciendo, la diosa concedió al joven un don del que él no se percató siquiera. Infundió en su corazón ánimo valeroso, y el que momentos antes fuera un muchacho triste y medroso, se convirtió, en unos instantes, en un hombre fuerte y valiente.

—No olvidaré jamás que me habéis tratado como a un hijo, apuesto extranjero.

Dijo Telémaco, y rogó a la diosa que quisiera quedarse algún tiempo en palacio y que aceptase un magnífico regalo. Pero Minerva se alejó y no quiso llevarse ningún presente.

Los pretendientes de la reina habían terminado su festín sin advertir la breve permanencia del extranjero en palacio. Y hacían entonar para su recreo a un rapsoda, el poema del

sitio de Troya y del regreso feliz de los combatientes.

Penélope, que desde sus habitaciones oyó la canción del rapsoda, bajó, impulsada por su corazón, a la sala del festín. Se detuvo, llorando, en el umbral, y dijo al que cantaba :

—No cantes canción tan engañadora. ¿Por qué te refieres al regreso de los guerreros de Troya, si mi esposo, Ulises, el prudente, no ha vuelto?

Pero Telémaco le habló con dulzura y firmeza a la vez, haciéndole ver lo injusto de sus palabras. Después, con energética voz, dijo a los pretendientes :

—No hagáis más ruido por esta noche. Mañana nos reuniremos en Consejo y trataremos los más graves asuntos. Es preciso que yo sepa si pensáis seguir viviendo y gastando de mi caudal, o si me está permitido ser rey de mi país y amo de mi casa.

Estas palabras sorprendieron a los pretendientes, que creían siempre tener que luchar con un niño, y ahora se veían enfrente de un hombre. Se mordieron los labios y trataron de responder con indignación, pero Telémaco no

les hizo caso. Les volvió la espalda y se fué a dormir.

Apenas rompió el alba, se vistió, ciñó su fuerte espada, tomó en la mano su lanza de bronce, y, seguido de dos de sus perros, ordenó a sus heraldos que convocaran a Consejo. Y él mismo se dirigió al lugar donde la solemnidad debía celebrarse. No se había convocado a Consejo en Itaca desde que Ulises la abandonara, y, en verdad, la arrogante actitud de Telémaco demostraba que era un valiente el que lo convocaba ahora. Su aspecto era más propio de un dios que de un hombre.

Cuando todos los nobles hubieron llegado, Telémaco se levantó para hablar, doliéndose de la prolongada ausencia de su padre, el héroe prudente, y recriminando a los nobles pretendientes de su madre, que aprovechaban tal ausencia para derrochar lo que no era suyo y para vivir, como en tierra conquistada, en la casa de una mujer indefensa y de un débil niño.

Reinó un profundo silencio. Sorprendía ahora a los nobles la súbita energía del joven, con

la que no contaban. Uno de ellos se levantó para contestar a Telémaco :

—Tu madre, Telémaco, es la única que merece tus reproches. En espera de su respuesta estamos viviendo desde hace tres años en palacio. Para darnos una respuesta nos pide que aguardemos a que esté la tela que teje concluída, y una doncella suya nos ha dicho ayer ¡después de haber nosotros creído cándidamente en su palabra! que de noche deshace lo que de día teje. Ahora ya no puede engañarnos, pues conocemos su ardor. Que termine su tela y elija nuevo esposo. Cuando lo haya hecho, se quedará aquí el elegido y los demás partiremos.

Se indignó Telémaco, y, nuevamente conminó a los pretendientes para que se fueran.

—Si no hacéis lo que es de justicia—dijo, por último, el joven—, los dioses castigarán vuestra infamia.

En aquel momento aparecieron volando dos águilas, que, lanzándose una contra otra, empezaron a pelarse, hiriéndose fieramente en la cabeza y en el cuello.

Dijo, al verlas, un anciano :

—He aquí un presagio cierto de que Ulises volverá y de que una grave tempestad amenaza a los que aspiran a la mano de Penélope.

Pero los pretendientes se rieron de la predicción del viejo y le aseguraron que Ulises tenía que estar muerto, después de una ausencia de tantos años.

—Hasta que Penélope no se decida a casarse con uno de nosotros, no nos moveremos de palacio—dijeron a Telémaco.

Entonces el joven les aseguró que se embarcaría para ir en busca de su padre, mas ellos se rieron de él y solo Mentor tuvo la nobleza de mostrarse partidario del príncipe. Y fué preciso disolver el Consejo.

XI

TELÉMACO

Mientras los nobles volvían a sus interminables y dispendiosas fiestas, Telémaco se dirigió a la orilla del mar y se arrodilló en la playa, y dijo estas palabras :

—Bien comprendo que eres un dios ¡oh, extranjero que ayer me hablaste con tanta bondad ! Apiádate ahora de mí, y ya que sólo a ti puedo pedir ayuda, dime cómo me embarcaré para ir en busca de mi padre.

Y he aquí que la diosa Minerva tornó a aparecersele.

—Ten valor—le dijo.— Vuelve a palacio y prepara abundantes provisiones para el viaje.

Yo te daré el mejor navío de Itaca y una tripulación de hombres valientes y fieles.

Volvió Telémaco a palacio con el corazón lleno de desbordante alegría. Los pretendientes de la reina que, como de costumbre, se hallaban ocupados en los preparativos de una gran fiesta, empezaron a burlarse de él. Dijeron unos :

—Ahí tenéis al orgulloso Telémaco, que se encoleriza contra nosotros.

Y otros :

—Ved al jovenzuelo que quiere destruirnos.

—Que se vaya—añadió un joven—, entonces podremos repartirnos entre todos sus riquezas. Porque es seguro que si se va no volverá, como no ha vuelto su padre. Entonces el palacio y el reino serán de aquel de nosotros que se case con Penélope.

El joven hizo como que no les había oído y siguió su camino. Se dirigió apresurado a la cámara donde se guardaban desde la partida de Ulises los tesoros del rey, y en la que había grandes montones de oro y de cobre, numerosas cajas repletas de ricas vestiduras y ropa-jes finísimos y una gran cantidad de toneles

de vino centenario. Para preservar aquel lugar de la codicia de los pretendientes de la reina, las puertas de la estancia permanecían cerradas de día y de noche. La nodriza de Telémaco, una bondadosa viejecita, guardaba las puertas y las llaves.

Y dijo Telémaco a la nodriza :

— Esta noche voy a salir mar adelante en busca de mi padre ; prepara una buena cantidad de trigo y de vino para el viaje y cuando mi madre se retire a descansar a su estancia, lo llevaremos todo a la nave.

— Tu padre ha muerto, hijo mío — replicó la nodriza, derramando abundantes lágrimas — ; tú eres nuestra única alegría y si te vas te perderemos como ya hemos perdido al rey. Eres joven e inexperto, ¿qué harás a través del ancho mar ? Apenas te alejes, los infames cortesanos se apoderarán de todo lo que es de tu madre ; la obligarán a escoger esposo, entre ellos, y te despojarán del reino. ¡ No arriesgues así tu vida, no sigas el camino errante, para perderte como tu buen padre !

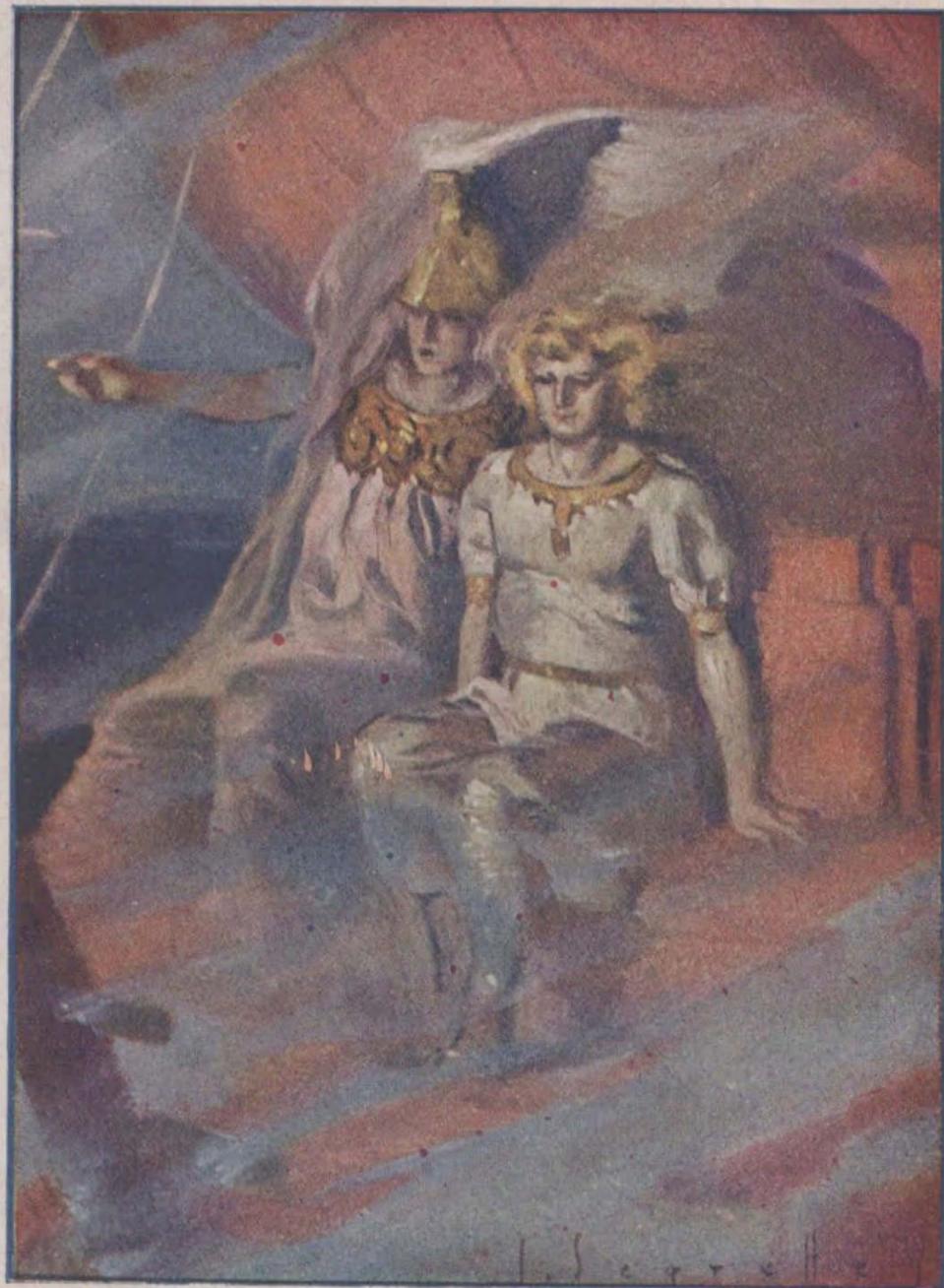
Pero Telémaco dió ánimos a la nodriza, asegurándole que la diosa Minerva le había

aconsejado que se alejara de su país en busca del héroe.

—Pero no quiero—concluyó el joven—ver las lágrimas de mi madre al notificarle mi partida. Prométeme, pues, que nada le dirás de mi marcha hasta que yo me haya alejado.

Sumisa la nodriza, prometió obedecer a su joven amo, y juntos comenzaron los preparativos del viaje. Prepararon trigo y vino y buscaron hombres que les condujeran al barco que había buscado la diosa Minerva. Cuando la noche envolvió a la tierra en su manto negro, la diosa envió un profundo sueño sobre los pretendientes de la reina, y después fué a buscar a Telémaco a palacio y lo condujo hasta el bajel. También Minerva subió a la nave y se sentó junto a Telémaco. Un viento favorable hinchaba las velas y durante toda la larga noche la travesía fué del todo feliz.

Apenas rompió el día, divisaron una isla en la cual desembarcaron Minerva y Telémaco. Sus habitantes recibieron muy bien a los navegantes, pero no supieron darles noticias de Ulises, del que nada sabían desde el fin, luengos años antes, de la guerra de Troya.



...y se sentó junto a Telémaco.

Y he aquí que Minerva, obrando un prodigo, del que todos dedujeron que aquel joven guerrero debía ser un dios, se transformó en águila marina, levantó el vuelo y dejó a Telémaco en aquella isla al cuidado de sus gobernantes.

En tanto, en Itaca, los pretendientes de la reina, echaban de menos la presencia del príncipe. Como no se preocupaban gran cosa de él, imaginaron que acaso estaría en larga partida de caza por las cercanías, y aguardaron tranquilamente a que volviera. Solo Penélope, aunque nada sabía del viaje y pensaba acerca de la ausencia de su hijo lo mismo que los nobles, se inquietaba y lloraba por no tenerlo cerca.

Y he aquí que un día en que los nobles se hallaban delante de palacio jugando, se llegó a ellos el hombre que había proporcionado el bajel a Minerva—quien para pedírselo había tomado la forma del joven Telémaco—y habló así a los pretendientes :

—¿Todavía no ha vuelto Telémaco? Necesito emprender un corto viaje y es indispensable que me devuelva mi nave.

Con esto supieron los pretendientes de la reina que el príncipe se había embarcado hacia largos días en la más ligera de las naves de Itaca, acompañado por los más hábiles y resueltos marinos del país. Enfureciéronse los nobles y a su vez se embarcaron para ir en busca de Telémaco, al que pensaban matar.

En tanto, Penélope, enterada de lo que ocurría, derramaba amargas lágrimas y reprochaba a sus esclavas el no haberla enterado del viaje de su hijo. Entonces la anciana nodriza habló así a la reina :

—Sólo a mí debes reprochar y hasta matarme, siquieres. Yo sólo sabía la intención del príncipe, pero él me obligó a jurarle que nada te diría por no verte derramar lágrimas amargas. No temas, sin embargo, porque la diosa Minerva le acompaña y cuida de él.

Pero todos los consuelos de la nodriza no pudieron tranquilizar a la buena madre, y sólo cuando por la noche, entre sueños, se le apareció la diosa de los ojos grises y le aseguró que su hijo volvería a palacio sano y salvo, enjugó Penélope sus lágrimas y pudo conciliar el sueño.

En tanto, los pretendientes de la reina, en una nave negra, avanzaban por el ancho mar, armados de sus lanzas de bronce y dispuestos a dar muerte al joven príncipe. Y desembarcaron en una isla por donde debían pasar todas las naves que volvían a Itaca y allí aguardaron a que pasara aquélla en que Telémaco iba.

XII

ULISES EN SU PATRIA

Mientras Telémaco se alejaba de Itaca para buscar a su padre, el héroe llegaba a las playas de su bien amado país. Desgarrada la niebla que le hacía desconocer aquellas tierras, Ulises suplicó a Minerva, que estaba a su lado :

—¡ No me abandones ! Si puedo contar con tu auxilio, me siento capaz de vencer a los pretendientes de mi esposa y aún a trescientos hombres más.

Y la diosa protectora de los ojos grises le prometió que hasta el fin le ayudaría y le aconsejó el modo de combatir contra los nobles de Itaca y de vencerlos. Después le hizo que en una cueva cercana escondiera el oro, las ves-

tiduras y los espléndidos regalos que le regalará el rey de los feacios, padre de Nausica. E, inmediatamente, con su varita de oro le tocó en la cabeza, transformándolo en un anciano de blancos cabellos y andar tembloroso. Desapareció su rubia cabellera, el brillo de sus ojos se apagó y su piel apareció surcada por profundas arrugas. Y en vez de los magníficos vestidos donados por el rey de los feacios, cubrió sus hombros con una mísera piel de ciervo. Cuando hubo tomado tal aspecto, le dijo Minerva :

—Un hombre te ha sido fiel en tu reino. Y no sólo a ti, sino también a tu esposa y a tu hijo. Ese hombre es el porquerizo que guarda los cerdos de palacio. Acércate a él y fíate de cuanto te diga, mientras yo procuro el regreso de Telémaco, tu hijo.

Y contó la diosa cómo había incitado a Telémaco a partir de Itaca en busca de su padre, no sólo para hacerse un hombre valiente y acostumbrarse a los peligros del mar y la tierra, sino también para librarse de las asechanzas de los pretendientes.

Y tras esto, Minerva, convertida de nuevo

en águila marina, elevó su vuelo sobre el mar, mientras Ulises remontaba la montaña y se dirigía a la cabaña de piedras y ramas en que habitaba su porquerizo. Más de trescientos cerdos guardaba el viejo pastor, a quien ayudaban otros tres hombres y cuatro perros feroces. Pues en Itaca necesitábase gran cantidad de ganado, que los pretendientes de la reina consumían diariamente en sus locos festines.

Cuando Ulises se acercó al porquerizo, estaba éste sentado a la puerta de su cabaña, haciéndose unas sandalias de cuero. Y al ver los perros del pastor aquel hombre harapiento que se acercaba, avanzaron hacia él ladrando furiosos y enseñándole los dientes. Si no lo destrozaron fué porque el porquerizo, dejando su tarea, acudió a contenerles.

Y habló así el buen hombre dirigiéndose al recién llegado :

—Toda mi vida hubiera llorado el que mis perros te hubiesen dado muerte. Esta pena, añadida a las mías, me hubiese hecho el más desgraciado de los hombres. Pues has de saber que mi amo está errante desde hace largos años por lejanas tierras y que mientras él tal

vez sufre hambre y sed, yo tengo que apacentar y engordar sus cerdos para que otros se regalen con ellos.

Después de esto, el buen hombre colocó en el suelo hojas y una piel de cabra formando un asiento para el extranjero. Después mató dos lechones, asándolos y regalando con ellos a Ulises. Y a este manjar añadió una copa de vino tan dulce como la miel. Mientras comía, el porquerizo contaba a Ulises la conducta pér-fida de los pretendientes de la reina y sus abusos en palacio. Y he aquí que Ulises dijo al buen hombre :

—¿Por qué no me dices el nombre de tu amo? Yo que he viajado por tierras y por mares, acaso le conozca.

Y contestó el anciano :

—No quiero decirte el nombre de mi amo, que sin duda ha muerto, pues cuantos llegan a Itaca refieren acerca de él las historias más raras y mi señora, oyéndolas, derrama abundantes lágrimas. Todas esas historias son falsas y tú, lo mismo que los otros, inventarías lo que mejor te placiera con tal de obtener el favor de mi ama.

Ulises contestó :

—No me digas el nombre de tu amo si no quieres, pero yo te juro que volverás a verle y ello no será tarde. De fijo antes que llegue la luna nueva.

Todo el día permaneció Ulises en la cabaña del porquerizo. El buen hombre, cuando los otros pastores llegaron a la cabaña, dió un festín en el que ofreció lo mejor que tenía a su huésped. Como la noche era tempestuosa y caía una fuerte lluvia, el pastor hizo un lecho en el que el desconocido pudiera abrigarse. Después, desafiando la tormenta, salió a vigilar a los cerdos. Y el héroe comprendió que aun tenía en su país un fiel servidor.

En tanto, Minerva llegaba, volando siempre, a la isla en que dejara al joven Telémaco. Ordenóle que partiera inmediatamente para Itaca y el príncipe, recuperando su nave, dispuso llevar anclas. Un viento favorable impulsó el navío con gran rapidez. Era de noche cerrada cuando el barco pasó por delante de la isla en que los pretendientes de la reina aguardaban el paso de la nave de Telémaco para matar al joven. Pero como la noche era

obscura y Minerva envolvió el bájel en una espesa niebla, los pretendientes no pudieron verlo.

Siempre guiado por las inspiraciones de la diosa de los ojos grises, Telémaco desembarcó en la orilla más próxima a la cabaña del porquerizo. Con su lanza de bronce en la mano avanzó hacia la montaña. Y he aquí que Ulises aguardaba a que el pastor le sirviera la comida matinal cuando de pronto vió llegar hasta él un joven arrogante de ojos brillantes y apuesta figura. Antes de que llegara a la cabaña, dijo Ulises al pastor, que estaba dentro de ella :

—Un hombre se acerca. Pero sin duda es un amigo, pues que tus perros, en vez de ladrar, saltan a su encuentro gozosos.

Al oír el porquerizo estas palabras salió corriendo de la cabaña, pues el gozo de sus perros le hacía comprender quién era el recién llegado. Al ver al príncipe, empezó a derramar lágrimas de alegría. Le condujo después a la cabaña y puso ante él los mejores manjares. Comió el príncipe con los pastores y aunque Ulises estaba vestido de harapiento men-

digo, Telémaco le trató con bondad y cortesía. Y Ulises no pudo por menos de sentir vivo orgullo al ver los buenos sentimientos de su hijo.

Partió el porquerizo enviado por el príncipe hacia palacio para comunicar a la reina la feliz llegada del joven. En tanto, la diosa Minerva, invisible para todo el que no fuera Ulises, hizo al héroe seña de que saliera de la cabaña. Una vez estuvo Ulises solo con ella, le dijo :

—Ya puedes decir a tu hijo quién eres.

Le tocó con su maravillosa varita y de nuevo Ulises se convirtió en un hombre joven y fuerte, vestido con los magníficos trajes que le diera el rey de los feacios, padre de Nausica. Tan hermoso estaba cuando entró en la cabaña de nuevo, que el joven príncipe creyó que era un dios. Pero el héroe le sacó de su error, diciendo :

—No soy un dios. Soy tu padre, Telémaco. Soy Ulises, el que combatió diez años ante los muros de Troya.

No hay que decir la alegría que sintieron padre e hijo, tan largo tiempo separados, al poder abrazarse y permanecer juntos y hacer fe-

lices proyectos para el porvenir. El primero de todos fué el modo de castigar a los nobles codiciosos y pérfidos.

Tras esto la diosa convirtió de nuevo a Ulises en mendigo y cuando el porquerizo llegó, no advirtió cambio alguno. El pobre hombre venía tristísimo, pues los nobles, furiosos al ver que Telémaco en su regreso a Itaca había escapado a su fiera venganza, habían regresado a su vez, jurando darle muerte apenas lo vieran. Al cir estas palabras, Telémaco y Ulises se miraron y sonrieron.

A la mañana siguiente, Telémaco partió para palacio.

—Voy a ver a mi madre—dijo al pastor— conduce tú a este mendigo a la ciudad, para que allí le socorran las gentes.

Y Ulises asintió, fingiendo siempre su papel de mendigo.

Cuando llegó Telémaco a la ciudad la primera persona a quien allí vió fué la anciana nodriza. La buena mujer se echó a llorar de alegría, pues había pensado que jamás volvería a verle. La reina, al oir su voz, bajó al

vestíbulo y, bañada también en lágrimas, le besó y abrazó tiernamente.

—Creí que jamás volvería a verte, dulce luz de mis ojos—dijo al joven príncipe.

Acto seguido, Telémaco se dirigió a la sala donde los pretendientes celebraban uno de sus acostumbrados festines. El príncipe no se dignó siquiera mirarlos y sólo buscó a su amigo Mentor para relatarle cuanto le había ocurrido.

El fiel porquerizo, en tanto, acompañaba a Ulises hasta la ciudad, capital de su propio reino. Llevaba el héroe sus ropas harapientas y un zurrón destrozado colgado de un hombro. Las gentes que pasaban por su lado se burlaban de tanta miseria y él contenía su ira y seguía adelante.

Y he aquí que, sin que nadie le reconociera, llegó Ulises a las puertas mismas de palacio. Allí, tomando el sol, tendido sobre el polvo, se hallaba el perro Argos, el que un día fuera orgullo de las jaurías del monarca y que ahora estaba decrepito, casi moribundo. Y éste sí que reconoció a su amo ; este sí que reconoció a Ulises.

Quiso correr a su encuentro alegramente,

meneando la cola jubiloso y dando grandes saltos gozosos, como en otros tiempos. Pero le fué imposible ; tan caduco estaba el pobre animal, que no pudo hacer otra cosa que mirar dulcemente a su amo, con sus ojos casi ciegos, y menear la cola más vivamente que antes. Y fué tal su gozo, que antes de que Ulises pudiera dirigirle la primera palabra de alegría, el fiel corazón del animal estalló. El viejo Argos cayó muerto a los pies de su amo.

Lloró el héroe ante el cadáver de su mejor amigo. Se sentó a la puerta de palacio y comió los manjares que Telémaco le hizo llevar, tratándole siempre como si creyera que era un mendigo. Cuando hubo concluído de comer entró en la sala donde estaban los pretendientes, para pedir limosna. Y he aquí que algunos de aquellos hombres se dignaron darle los peores restos de la comida, otros le insultaron, arrojándolo de la sala, y uno, en fin, más infame que los demás, le golpeó con un taburete. Ulises contuvo su furor, y con el zurrón lleno de los restos de la comida que le dieran los nobles, volvió a sentarse a la puerta. En tanto, los pretendientes de la reina comían y

bebían alegre y espléndidamente. Todo el día permanecieron en tal festín y solo al llegar la noche se marcharon a sus casas.

Cuando se hubieron alejado, Ulises y Telémaco juntos tomaron los cascós, espadas, lanzas y escudos que habían dejado los nobles embriagados en la sala y lo escondieron todo en una habitación apartada. Y Telémaco se fué a descansar, pero Ulises se quedó en la sala entre los criados, que la limpiaban de los restos del banquete. Cuando los servidores hubieron terminado su tarea, llegó Penélope con algunas damas y se sentó en un sillón junto al fuego. Al ver al anciano mendigo la reina le dirigió la palabra con mucha bondad. Y le dijo a la nodriza, que estaba con ella :

—Este hombre parece venir de muy lejos. Lávale los pies, que los tendrá cansados.

Y he aquí que la anciana nodriza se dispuso a cumplir lo que le mandaba su señora. Y hay que decir a los que no lo sepan, que siendo Ulises muy joven, en ocasión en que se hallaba en la caza del jabalí, el animal se revolvió contra él hiriéndole con sus dientes en un to-

billo, de lo cual había quedado al héroe una señal imborrable.

Al lavar los pies la anciana nodriza al mendigo, vió la cicatriz de la mordedura del jabalí y lanzó tal grito de alegría y sorpresa y de tal modo se agitó, que el baño de bronce que sostenía en la mano se le cayó al suelo, derramándose el agua.

—¡ Tú eres Ulises ! —dijo—. Te he reconocido al ver esta cicatriz.

Mas sucedió que en aquel momento, para que Penélope no escuchara tales palabras, la diosa Minerva había distraído la imaginación de la reina. No oyó ésta, pues, la exclamación de la buena mujer, y Ulises tuvo tiempo de advertirla de que no le descubriera.

La triste Penélope se retiró al fin a descansar, pero antes dijo melancólicamente al mendigo :

—Mucho me alegro de haber podido favorecerte antes de dejar de ser reina de Itaca. Pronto tendré que abandonar el palacio de Ulises. Mi esposo, el héroe más grande que jamás ha existido, tenía la costumbre de colocar estas doce hachas una al lado de la otra

en la pared y solía ejercitarse en el juego de clavar con gran precisión, entre cada una de ellas, una flecha disparada por su fuerte brazo. Acosada por mis pretendientes y descubierto mi ardor de la tela que nunca se acaba, les he dicho que me casaría con el que en tal ejercicio lograse hacer lo que hacía mi esposo. En cuanto alguno lo consiga, deberé abandonar esta casa por mí tan amada.

Sonrió el mendigo, y cogiendo una mano de la reina le dijo :

—Cuando se celebre ese concurso, Ulises se encontrará aquí y él, disparando las doce flechas como en los mejores tiempos de su juventud, será quien consiga el premio.

Deseó la reina que tales palabras fueran verdaderas, pero no pudo creerlas. Y como tantas otras noches, en aquella, víspera de su felicidad, humedeció la almohada de su lecho con las más amargas lágrimas.

Al llegar el siguiente día, el mendigo misterioso no había abandonado aún el palacio. Los pretendientes de la reina volvieron a mofarse de él, mas el joven príncipe les dijo :

—Quien ose hacer daño a este anciano, tendrá que habérselas conmigo.

Y los pretendientes volvieron a reirse a grandes carcajadas de lo que creían una fanfarronada del joven príncipe. Más entonces una voz gritó entre ellos con temeroso acento :

—¡ Veo, nobles de Itaca, vuestras manos amortajadas de negro y vuestras mejillas bañadas de lágrimas ! ¡ Veo las paredes de este palacio teñidas de sangre y por su pórtico pasar pálidos espectros que salen de la neblina que inunda el palacio !

Los nobles reían cada vez con más gana, cuando penetró en la sala Penélope llevando en una mano el arco de Ulises. Lloraba amarguísima lágrimas, pues, como su corazón estaba lleno de amor por su esposo, se le hacía insufrible la idea de tener que contraer nuevo matrimonio. Dejó el arco en manos de su hijo y se retiró por no presenciar el ejercicio.

Telémaco colocó las doce hachas de bronce y dió el arco de su padre al primero de los pretendientes. Pero el noble no logró siquiera encorvar el fortísimo arco. Y lo mismo les sucedió a todos, uno tras otro.

Imaginaban todos, murmurándolo entre sí, que no existiría hombre capaz de tirar con aquel arco tan potente una sola flecha, cuando el anciano mendigo lo tomó entre sus manos. Todos se echaron a reir de su jactancia, mas su burla se trocó en pavor cuando vieron que el anciano, una tras otra, clavaba las doce saetas en los huecos que dejaban las hachas.

En medio del mayor espanto de los circunstantes, Ulises se arrancó sus harapos y dijo con voz que resonó en todo el palacio :

—¡ Ya ha terminado el concurso terrible !
¡ Ya soy dueño de mi esposa y de mi palacio !
Tiremos ahora a otro blanco.

E inmediatamente disparó otra flecha contra uno de los nobles, contra aquel que la noche antes le había golpeado con el taburete. El insolente fué herido en el cuello y cayó muerto al suelo.

En tanto, Ulises, con voz que hacía temblar a aquellos cobardes, gritaba :

—Perros cortesanos, creisteis que no volvería nunca más ¿verdad ? Y por ello, como codiciosos traidores, habéis dilapidado mi fortuna e insultado a la reina y al príncipe. Pues

sabed que yo vivo aún y, en cambio, para vosotros ha llegado la muerte.

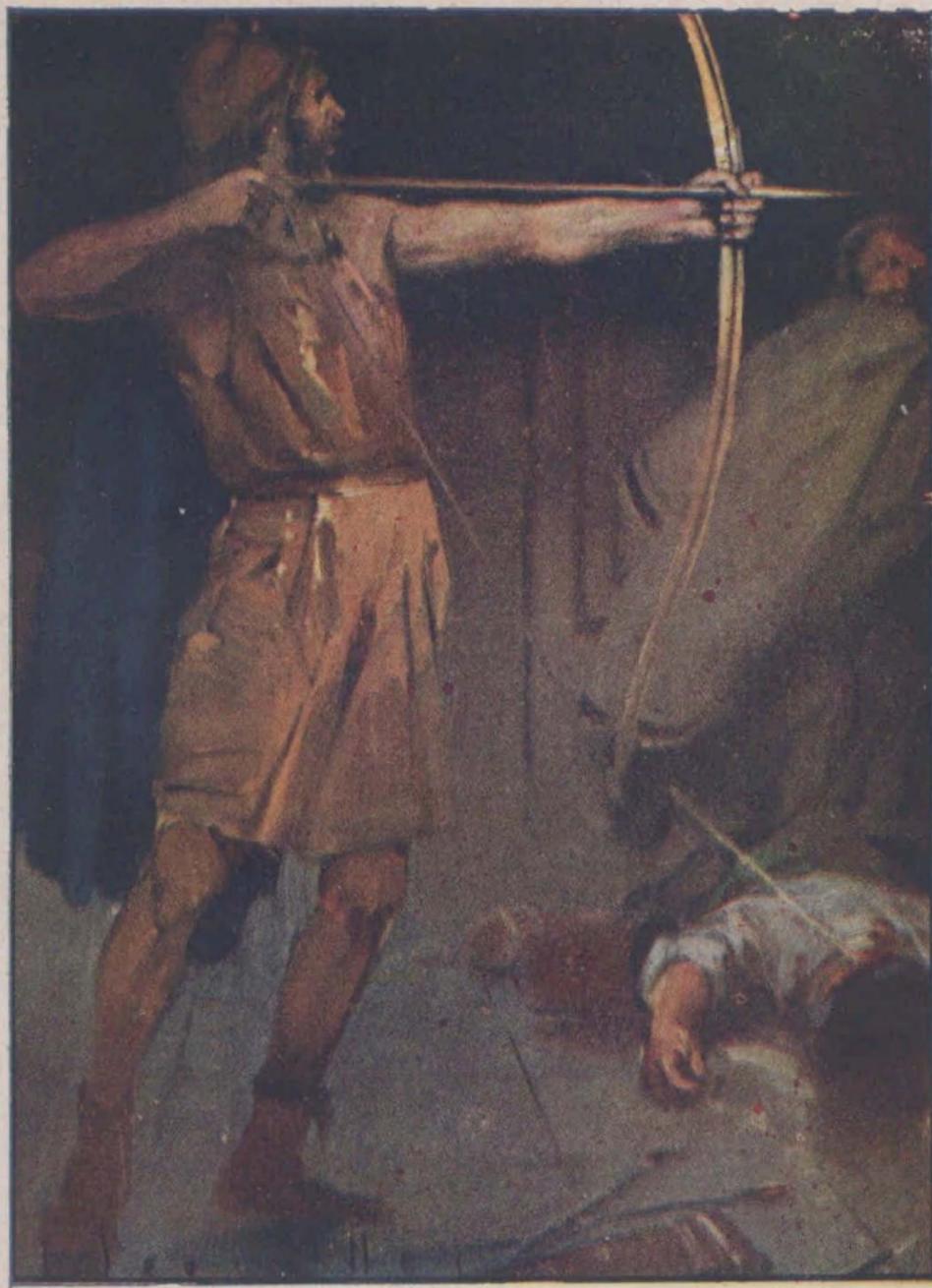
Los cobardes arrodilláronse ante el héroe con las caras lívidas de miedo, pero él no tuvo piedad y, seguido solo de su hijo, de Mentor y del fiel porquerizo, hizo frente a toda aquella caterva de codiciosos infames.

A pesar de que todos los nobles hicieron sacar de la armería escudos, cascós y lanzas; a pesar de que estaban en número mucho mayor que el de Ulises y los suyos, fueron completamente vencidos. Su sangre alfombraba por completo el suelo y, cuando cesó la lucha, Ulises estaba enteramente rodeado de los cadáveres de sus enemigos.

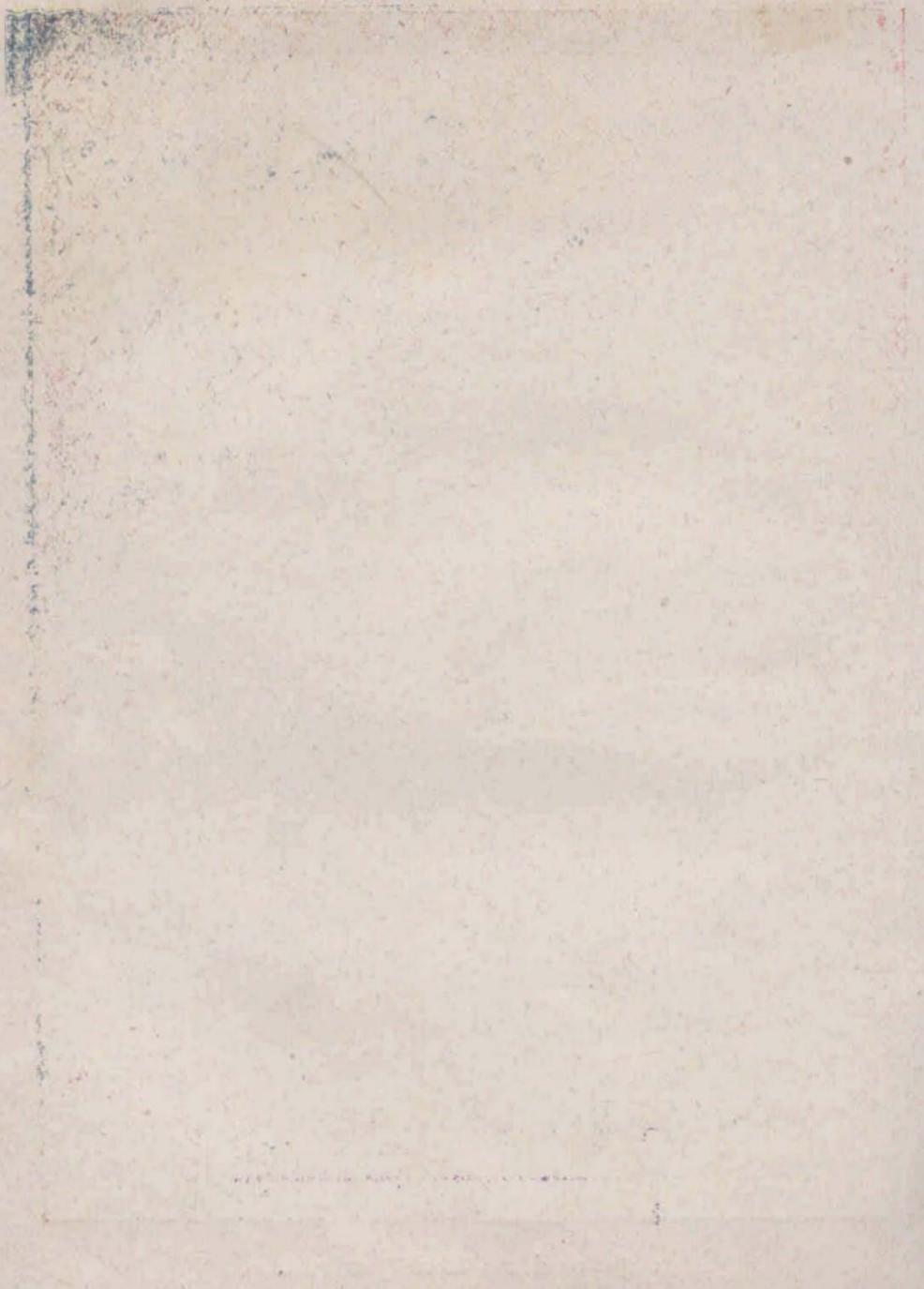
Y he aquí que en esto entró en la sala la vieja nodriza. Ante aquel espectáculo lanzó un grito de horror, mas en seguida, su alegría se sobrepuso a su espanto. Corriendo subió a la estancia en que se hallaba Penélope.

—¡Alégrate, hija mía; tu esposo ha regresado, dando muerte a todos los pretendientes! —gritó.

En un principio, la infeliz reina creyó aquél acontecimiento demasiado dichoso para ser



...pero él no tuvo piedad...



verdadero. Mas, eso no obstante, bajó corriendo a la sala y vió a Ulises apoyado en una columna, descansando de la lucha. Y apenas pudo creer que fuera verdad lo que veían sus ojos.

Y como vacilara un instante, no creyendo a su deseo, Telémaco tuvo que decirle:

—¿Tan endurecido está tu corazón, madre mía, que ya no conoces a mi padre?

Y entonces sí que la reina vió y reconoció al héroe, a quien Minerva había devuelto su apariencia natural, y que se le mostraba tan bello como un dios que hubiese descendido a la tierra. Avanzó con paso rápido hacia su esposo y se abrazó a él, en abrazo que duró largo, largo rato, como el del náufrago que asido a una frágil tabla llega a ver la tierra y con ella el fin de sus sufrimientos.

Y así terminaron las raras aventuras de Ulises, y su continuo errar por tierras y mares. Y así comenzó, para siempre, su dicha, ya no interrumpida.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

LAS OBRAS MAESTRAS AL ALCANCE DE LOS NIÑOS

COLECCION ARALUCE

TOMOS PUBLICADOS

Historias de Shakespeare	La cabaña del tío Tomás
Los héroes	La Infantina de Francia
La Divina Comedia	El Paraíso perdido
Historias de Andersen	Los Lusiadas
Guillermo Tell	La gitanilla
Cuentos de Grimm	Cuentos de Edgar Poe
Viajes de Gulliver	La Araucana
Historias de Wagner	Orlando Furioso
Don Quijote (1. ^a parte)	Tradiciones Hispanas
Don Quijote (2. ^a parte)	Hazañas del Cid
Más cuentos de Grimm	Historias de Lope de Vega
La Odisea	El Lazarillo Tormes
La Iliada	La Eneida
La canción de Rolando	Cuentos de Hoffmann
Leyendas de peregrinos	Historias de Molière
Historias de Calderón de la Barca	Más historias de Andersen
Fábulas de Esopo	Historias de Goethe
Más historias de Shakespeare	Historias de Ruiz de Alarcón
Robinson Crusoe	Historias de Schiller
Ivanhoe	Historias de Tirso de Molina
Cuentos de la Alhambra	Amadís de Gaula
Los caballeros de la tabla redonda	Las mil y una noches
Cántico de Navidad	

- | | |
|---------------------------------|--------------------------------|
| Más mil y una noches | Historias de Lord Byron |
| Historias de Eurípides | Historias de Tennyson |
| Trovas de otros tiempos | Leyendas de Oriente |
| Sigfrido (La leyenda de) | Aventuras de Telémaco |
| Historias de Esquilo | La campana de Huesca |
| Historias de Herder | Hist. de Don Ramón de la Cruz |
| Hist. de Gil Blas de Santillana | Hist. de Luís Vélez de Guevara |
| Bertoldo, Bertoldino y Caseno | El Ramayana |
| Cuentos de Perrault | El Hombre que vendió su sombra |
| Cuentos de Schmid | Los Argonautas |
| Avent. del Barón de Münchhausen | Otros cuentos de Grimm |
| Aventuras de Till | Historias de Plutarco |
| Fábulas de Samaniego | Las campanas |
| Historias de Sófocles | Más Historias de Wagner |
| La tienda del anticuario | Leyendas Taumatúrgicas |
| Historias de Corneille | Más cuentos de la Alhambra |
| Entremeses de Cervantes | |
| Historias de Aristófanes | |

**PREMIADA EN LA EXPOSICION DE LEIPZIG,
BARCELONA Y SEVILLA**

Lujosa presentación
 9 artísticas láminas en color cada tomo
 Elegante encuadernación en tela con cortes dorados. Tamaño 15 × 12 1/2,

Cada tomo Ptas. 2,75

